



**Facultad de
Ciencias
Sociales y
Económicas**



CUADERNOS SOCIOLOGÍA UCM

LAS COMUNIDADES EN TIEMPOS DE CRISIS

EDITORES:

JAVIERA CUBILLOS ALMENDRA

FRANCISCO LETELIER TRONCOSO

STEFANO MICHELETTI DELLAMARIA

Nº 9

Cuadernos de la Escuela de Sociología UCM - ISSN 0719-9090
Publicado por la Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule
Universidad Católica del Maule, Av. San Miguel #3605, Talca - 3460000 (Región del Maule)



Creative Commons License - Copyleft

BY: Reconocimiento (Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore)

NC: Uso no comercial

SA: Compartir bajo la misma licencia (Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta)

TÍTULO LAS COMUNIDADES EN TIEMPOS DE CRISIS

FECHA JULIO 2021 (NÚMERO 9)

EDITORES JAVIERA CUBILLOS ALMENDRA
FRANCISCO LETELIER TRONCOSO
STEFANO MICHELETTI DELLAMARIA

DISEÑO PÍA PULGAR GARRIDO

APOYO DIANA CARO VILLARRAGA
GESTIÓN DIGITAL

ESTA PUBLICACIÓN SE REALIZÓ CON EL APOYO DEL PROYECTO N° 160 “PRÁCTICAS COMUNITARIAS, POLÍTICAS LOCALES Y GOBERNANZA PARA LA GESTIÓN DE LA CRISIS POR COVID-19 EN CIUDADES INTERMEDIAS”, FINANCIADO POR LA AGENCIA NACIONAL DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO (ANID).



ÍNDICE

PRÓLOGO	5
LAS COMUNIDADES EN LA CRISIS	7
LAS ORGANIZACIONES SOCIALES EN EL PROCESO CONSTITUYENTE	14
FEMINISMOS, CRISIS Y COMUNIDADES	21
COMUNIDADES, RELIGIÓN Y ESPIRITUALIDAD	33
INICIATIVAS COMUNITARIAS TRANSFORMADORAS, NUEVAS PRÁCTICAS ECONÓMICAS Y DE CONSUMO	41
LAS COMUNIDADES MIGRANTES ANTE LA CRISIS	52



PRÓLOGO

El ciclo de conversatorios “Investigaciones aterrizadas” fue una iniciativa desarrollada durante el primer semestre del año 2021, con el propósito de celebrar los diez años de la Escuela de Sociología y del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT). Quisimos invitar a algunas/os amigas/os y compartir con ellas/os un espacio de reflexión sobre distintos temas, considerando el contexto de crisis social y sanitaria por Coronavirus que estamos viviendo en Chile. Los encuentros, que se transmitieron a través de una plataforma digital abierta a toda la comunidad, buscaron divulgar algunas de nuestras investigaciones, acercarlas a vecinos y vecinas, estudiantes y actores gubernamentales, y ponerlas en diálogo con los problemas y desafíos que enfrentamos como sociedad local y nacional. Este nuevo número de los “Cuadernos de Sociología” sistematiza entonces las conversaciones que sostuvimos con académicas/os de otras casas de estudio, líderes sociales e integrantes de organizaciones no gubernamentales, entre otros.

El eje principal del ciclo fue el cruce entre lo comunitario, lo colectivo y lo político en tiempos críticos, y los futuros posibles que se avizoran. El espacio abrió la posibilidad de mirar cómo la sociedad se construye más allá del Estado o del mercado, relevando una esfera distinta, independiente. Encontramos, en este sentido, nuevas experiencias y formas de leer la realidad que se han fraguado al calor de los procesos sociales, de las organizaciones territoriales y de los “nuevos” movimientos y colectivos sociales.

El primer conversatorio ofreció una mirada general sobre el papel que está cumpliendo lo comunitario en el contexto de la revuelta social (2019) y la posterior pandemia (2020-2021). En él participaron la académica e investigadora de la Universidad Católica del Maule Claudia Concha, María Luisa Méndez del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) y Benjamín Adasme, egresado de nuestra escuela e integrante del proyecto “Experiencias en Comunidad” del CEUT.

El segundo se orientó a la discusión sobre la relación entre las organizaciones sociales y el proceso constituyente. Participaron el director del CEUT Francisco Letelier, Ana María de la Jara, miembro de la Red de Iniciativa Ciudadana de la comuna de La Florida (Región Metropolitana) y coordinadora del trabajo territorial de la oficina parlamentaria del senador Carlos Montes, y Patricia Boyco, investigadora de SUR Corporación de Estudios y Educación.

Las “actuancias” políticas de mujeres y feministas frente a la crisis y su vinculación con lo comunitario fueron los temas que motivaron el tercer encuentro y convocaron a tres académicas: Yanina Gutiérrez de la Universidad de Playa Ancha, Ana María Vera y Gloria Mora, ambas de la Universidad Católica de Temuco.

En el cuarto se conversó sobre comunidades, religión y espiritualidad, junto al diácono de la Pastoral carcelaria Guido Gossens, al académico de la Universidad Católica del Maule Marcelo Correa, a Paz Gobinderavi Kaur, doula terapeuta y precursora del primer Langar en Talca, y al profesor de la Universidad de Las Américas Víctor Fernández.

Las iniciativas comunitarias transformadoras, que promueven nuevas prácticas económicas y de consumo, fueron el foco del quinto encuentro en el que participaron los académicos de la Universidad Católica del Maule Alejandro Marambio, Julien Vanhulst y Eduardo Letelier.

Finalmente, en su sexta y última sesión, el ciclo “Investigaciones aterrizadas” abordó la movilidad humana y contó con la participación de Daisy Margarit, miembro del Instituto de Estudios Avanzados IDEA de la Universidad de Santiago de Chile, y Walter Imilan, de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Chile.

Entre los aspectos comunes que emergen desde las conversaciones destacamos las lecturas de la(s) crisis en términos integrales, no solo circunscritas a aspectos sanitarios y políticos, sino en clave civilizatoria. Es en esta crisis multidimensional –que vivimos en la cotidianidad— que la esfera comunitaria adquiere una relevancia renovada, un rol fundamental en el proceso de producción de comunes, de valores y de “politicidad”. Al centro de esta concepción de lo comunitario están las prácticas y los vínculos concretos, su potencial de transformación, pero también sus límites. Aquí residen, tal vez, las preguntas más importantes que nos dejan los conversatorios: ¿qué, de lo que nos trae esta crisis, perdurará? ¿hasta qué punto el nuevo escenario nos interpela a cuestionar las lógicas mercantilistas y depredadoras con las que hemos operado como sociedad hasta ahora? ¿es posible contribuir a la producción de otras sociedades, otros desarrollos, desde lo comunitario?

La/os editora/es

Javiera Cubillos Almendra
Francisco Letelier Troncoso
Stefano Micheletti Dellamaria

LAS COMUNIDADES EN LAS CRISIS

Entrevistadora: Verónica Tapia Barría¹

*Panelistas: Claudia Concha Saldías², María Luisa Méndez Layera³,
Felipe Valenzuela Ormeño⁴ y Benjamín Adasme Jara⁵*

Las investigaciones en ciencias sociales debieran tener un estrecho vínculo con nuestra vida cotidiana, los pies firmemente puestos sobre la tierra. En esa línea, queremos dialogar sobre los problemas que actualmente estamos enfrentando a nivel nacional e internacional. En el encuentro de hoy nos interesa conversar sobre las comunidades en la sociedad actual. ¿Qué pasa con las comunidades en las crisis? ¿Qué rol tienen para poder hacer frente a estos momentos complejos? ¿Qué desafíos tienen a futuro?

MARÍA LUISA: Cuando la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID) abrió un llamado rápido para desarrollar investigaciones sobre la pandemia actual, un grupo de colegas del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile quisimos hacer una propuesta que lograra vincular los aspectos sociales y urbanos con la pan-

1 Académica de la Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

2 Socióloga, Doctora en Procesos Sociales y Políticos en América Latina, académica e investigadora de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Maule, e investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

3 Socióloga y Doctora en Sociología, es académica e investigadora del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES).

4 Magíster en Desarrollo Urbano, Máster en Administración y Planificación del Desarrollo y candidato a doctor en Arquitectura y Estudios Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor adjunto del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

5 Sociólogo de la Universidad Católica del Maule, con intereses en sociología urbana y desigualdad social. Actualmente es investigador del proyecto "Prácticas comunitarias, políticas locales y gobernanza para la gestión de la crisis por COVID 19 en ciudades intermedias".

demia. En el diseño fuimos muy creativos, se nos ocurrieron muchas ideas. Cuando supimos de la adjudicación nos dio un poco de “pánico escénico”, porque nos habíamos lanzado con una propuesta bastante ambiciosa y, además, porque la oportunidad de estudiar un fenómeno de esta magnitud histórica era única.

El proyecto “Vivienda, barrio y ciudad en el control de epidemias” busca entender cuáles son los factores que influyen en las disposiciones que tiene la población para cumplir con las medidas que se están proponiendo –o imponiendo– en el marco del control sanitario de la pandemia. Esto, entendiendo que el cumplimiento de las medidas sanitarias no sólo responde a un tema de racionalidad, en el sentido de hacer o no hacer caso, sino que hay un conjunto de condiciones territoriales –por ejemplo, de equipamiento: de acceso a salud, de distancia de los lugares de trabajo, de hacinamiento, de precariedad de las viviendas– y elementos de carácter social y cultural que pueden contribuir a que las personas tengan una mayor o menor disposición a responder positivamente. Esto nos pareció especialmente relevante, en tanto nuestra evaluación era que las medidas estaban siendo bastante homogéneas para toda la población, sin mirar las particularidades de los territorios y tampoco otro tipo de especificidades como el género, el nivel socioeconómico, la migración, la discapacidad y varias otras aristas que hacen mucho más compleja la realidad.

FELIPE: Una de las primeras tareas que nos propusimos, fue relevar la influencia de los contextos socio-territoriales en las capacidades que podrían existir para enfrentar la pandemia. La primera tarea fue construir un índice de condiciones socio-territoriales para enfrentar las medidas de control y prevención asociadas al COVID en tres casos de estudio (en las ciudades de Antofagasta, Temuco y Santiago), que en ese momento –mayo 2020– eran las únicas ciudades en las que se había decretado cuarentena.

Para construir el índice hicimos una recopilación de información secundaria con el fin de caracterizar las ciudades a una escala similar a la del barrio, identificando tres dimensiones que pensábamos tenían incidencia en las capacidades de estos territorios para enfrentar las medidas sanitarias. En primer lugar, las condiciones socio-espaciales, en las que incluimos el hacinamiento, la densidad poblacional, la precariedad de las viviendas, etc. Después, consideramos las condiciones para la circulación, que se relacionan con lo que ocurre cuando sales de tu casa y con qué te encuentras cuando sales. Por ejemplo, uno de los indicadores es la posibilidad de contacto que se calcula a partir de los tamaños de las manzanas y de las calles, es decir, qué tan probable es que te encuentres con otro al salir de tu casa. Esto significa que, si vives en un lugar con mucho flujo, estarás de alguna manera más expuesto a la posibilidad de contagio. También consideramos que las áreas verdes cercanas a las viviendas podrían permitir mejores condiciones para circular.

La última dimensión que consideramos fue la de las condiciones de accesibilidad, que tienen que ver con una escala un poco mayor, quizás de ciudad, en que se ponderan factores como los

tiempos de viaje, la dependencia del transporte público y la accesibilidad a internet. Consideramos también las actividades económicas que existen en el territorio y la posibilidad de realizarlas mediante teletrabajo. En Santiago se observa que en sectores como Providencia –donde la mayor parte de la actividad económica se desarrolla en oficinas— los trabajos se pueden transformar en teletrabajo y, por lo tanto, se va a reducir la cantidad de personas que circulan en un contexto de cuarentena.

A partir de este índice, desarrollamos mapas para observar dónde se encuentran las mejores condiciones para enfrentar las medidas de control y prevención del COVID (índice alto) y los sectores donde tendríamos las peores condiciones (índice bajo). Los que trabajamos en cuestiones urbanas, estamos acostumbrados a ver mapas de segregación residencial que son muy similares a estos. Obviamente, hay diferencias. Por ejemplo, podemos tener lugares de alto nivel de ingreso –como sectores en la comuna de Lo Barnechea en Santiago—, pero que no necesariamente tiene buenas condiciones, por lo lejos que están del resto de la ciudad.

Complementario al desarrollo del índice, aplicamos también una encuesta a una muestra representativa de Santiago, Antofagasta y Temuco. La encuesta tuvo por objetivo indagar en las prácticas que las personas habían tenido durante la cuarentena y también las distintas disposiciones que pudieran incidir en esas prácticas. Medimos la confianza que las personas tenían en las instituciones encargadas de establecer las medidas de control y la percepción de riesgo de contagiarse por COVID, y eso tratamos de vincularlo con lo que hicieron o no hicieron durante la cuarentena.

Los resultados preliminares de la investigación indican que hay una conjunción entre las condiciones poco favorables que tienen las personas que viven en ciertos sectores de la ciudad para enfrentar el confinamiento y la obligación que tienen estas personas de salir de sus casas.

Otro aspecto interesante, de los procesos que estamos viviendo, son las relaciones que podría haber entre la revuelta social del 18 de octubre y la pandemia. En ese sentido, es imposible disociar estos dos procesos que en Chile se dieron de manera conjunta y que nos muestran que estamos en una crisis de carácter multidimensional, donde la pandemia agudiza problemas preexistentes. En relación a eso, ¿qué pasó con las comunidades y los procesos de organización y articulación en el contexto de la revuelta de octubre 2019?

CLAUDIA: El proyecto “Organizaciones territoriales emergentes post 18-O: periferias urbanas y política vecinal” se pregunta acerca del rol que cumplen las organizaciones sociales en el contexto posterior al estallido social y de crisis sanitaria. La iniciativa cuenta con apoyo y financiamiento de los centros COES (Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social), CEDEUS (Centro de Desarrollo Urbano Sustentable), y CIIS-UCM (Centro Integral de Innovación Social Universidad Católica del Maule). La investigadora responsable es Alejandra Rasse, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, e integran el equipo Alejandra Lunecke de la Universidad Alberto Hurtado

y Katia Valenzuela de la Universidad de Concepción. Me interesé en este proyecto porque me trajo a la memoria experiencias de cuando era estudiante en los años ochenta, cuando trabajé en la comuna de La Pintana, en la zona sur de la ciudad de Santiago, y me tocó rescatar la historia de las ollas comunes, una forma de organización y de expresión frente al hambre en la época de la dictadura y que ahora emergió nuevamente en el contexto de la crisis del COVID.

El equipo trabaja para comprender los procesos sociales, vecinales y políticos que han experimentado las organizaciones locales que surgieron en las ciudades de Santiago, Concepción y Talca desde octubre de 2019. La idea es explorar cómo se organizaron en el inicio, cuáles son sus temas de interés, sus formas de coordinación interna, el rol y liderazgo de las mujeres, las disidencias dentro de la organización, y qué experiencias anteriores tienen quienes las conforman. Por otro lado, también nos interesa ver las nuevas formas de politicidad vecinal que fueron surgiendo a propósito del 18 de octubre y cómo se reconfigura, transformándose o adaptándose a la crisis sanitaria. Desde esa perspectiva, buscamos entender las nuevas formas de hacer política, esta nueva política ciudadana vecinal que muchas veces se alberga en las juntas de vecinos, en las organizaciones funcionales, pero también en las nuevas formas de organización que no eran vistas y no estaban en nuestros registros. Así, nos situamos en tres territorios: el Gran Santiago, Talca y el Gran Concepción.

Realizamos un catastro a través de la revisión –dadas las condiciones de encierro y cuarentenas— de las redes sociales Instagram y Facebook. Con esos resultados identificamos a los grupos que habían nacido y permanecido luego del estallido social, respondiendo también a la crisis socio-sanitaria. En la segunda etapa que se aproxima, nos interesa profundizar en los aspectos más subjetivos. Queremos saber si estas organizaciones tienen marcos de referencia anteriores, si hay una historicidad, si existe una experiencia que se transfiera.

Los resultados preliminares de la investigación muestran una variedad y tipos de organizaciones en cada uno de los territorios indagados. En Santiago tenemos demandas nacionales de carácter general, que apelan a derechos sociales, al buen vivir, al feminismo, etc. Pero en los territorios de regiones emergen cuestiones más específicas: en el Gran Concepción la demanda medioambiental y el conflicto mapuche. En el caso de Talca nos llama mucho la atención el énfasis en la dimensión feminista, en la reivindicación de la lucha anticapitalista y antipatriarcal, es interesante para una región agraria y campesina.

BENJAMÍN: El proyecto que estamos trabajando nosotros se titula “Prácticas comunitarias, políticas locales y gobernanza”, pero le denominamos “Experiencias en comunidad”. Es una iniciativa que surge para ser postulada al concurso ANID sobre el COVID, la misma convocatoria de la cual hablaron María Luisa y Felipe. Nosotros partimos de la idea que las comunidades han tenido roles importantes en las distintas crisis que ha atravesado nuestro país. En los últimos meses hemos enfrentado a dos casi de manera simultánea: una socio-política –que fue denominada como estallido social o revuelta de octubre— y luego una socio-sanitaria por COVID 19.

En ambas situaciones creemos que las comunidades han respondido y han orientado su acción hacia la superación de la crisis y han puesto en el centro de su acción valores como la cooperación, el bienestar, la solidaridad, entre otros.

No obstante, no había un conocimiento científico sobre el rol de las comunidades en estas crisis emergentes, y además en el contexto de ciudades intermedias como lo son Talca, Rancagua y Chillán. Por ende, el objetivo que nos planteamos fue analizar su rol en el manejo de la crisis por Coronavirus y su contribución a la gobernanza.

Desde el punto de vista teórico, el concepto de comunidad se trabaja desde hace muchos años en las ciencias sociales; es una noción que tiende a oponerse a la idea de sociedad: lo tradicional *versus* lo moderno, lo quieto *versus* lo cambiante, etc. El proyecto propone que estas nociones no permiten ver en toda su complejidad a las comunidades realmente existentes; se requiere una definición distinta. Proponemos entender la comunidad como proceso, siempre en movimiento. Por ejemplo, podemos encontrar comunidades virtuales no vinculadas a un territorio físico, comunidades plurales que cambian de temática de interés de forma muy rápida. Es por eso que proponemos el concepto de “experiencias en comunidad”, en tanto lo comunitario se refiere a la experiencia de participación. A partir de estas definiciones iniciales, planteamos trabajar con un enfoque cualitativo, que dadas las condiciones de distanciamiento y de investigación remota implicó reinventar la investigación, todo a través de la virtualidad. Construimos un catastro de 310 iniciativas comunitarias en Talca, Rancagua y Chillán. Con estos datos levantamos un conjunto de siete categorías. Nos encontramos con una diversidad y pluralidad de experiencias que nosotros inicialmente no esperábamos encontrar: iniciativas de protesta bastante alineadas con la crisis social, actividades recreativas, artísticas y religiosas, de información y comunicación, e instancias deliberativas como cabildos y asambleas. Estas tipologías se convirtieron luego en nuestros ejes de estudio.

**¿Cuál es el vínculo de las investigaciones que están realizando y las políticas públicas?
¿Cuál es el rol de la política pública para el fortalecimiento de lo comunitario o de las experiencias en comunidad?**

MARÍA LUISA: Todas las investigaciones realizadas debiesen aspirar a tener resultados de carácter más aplicado, es decir, que puedan dialogar fuera del ámbito estrictamente académico y que sirvan de insumo, de bisagra para el contexto, sobre todo en el ámbito de la salud pública. En el caso de nuestro estudio, nos interesa especialmente entregar insumos para pensar la planificación urbana, porque vemos un fenómeno de muchas aristas, multidimensional, pero que cruza ineludiblemente el tema de nuestras ciudades, de cómo están organizadas, de cómo pensamos la crisis no sólo en términos sanitarios, sino también políticos. Eso quedó en evidencia después de la revuelta o estallido social, entonces es importante pensar en las asimetrías y desigualdades que existen en nuestros territorios. Tenemos varias aspiraciones, y una de ellas tiene que ver con entregar elementos que puedan contribuir a la planificación urbana. Un gru-

po muy particular que nos interesa son las personas mayores, porque estas crisis develan la completa invisibilidad que mantienen en la planificación de las ciudades y en el diseño de las medidas sanitarias.

FELIPE: El Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales releva la relación de los temas urbanos y territoriales con políticas públicas de distinto tipo. El proyecto se enmarca dentro de este objetivo, en tanto propone considerar las variables urbanas territoriales en el diseño de las medidas de control de la pandemia. Al menos en el caso de Santiago, cuando se establecieron las cuarentenas dinámicas era bastante evidente que no se estaba considerando cómo se daba la vida cotidiana en esos territorios. También estamos abordando la escala del barrio, tenemos la intención de hacer talleres o entrevistas con dirigentes locales que hemos seleccionado en función del análisis que hicimos anteriormente. Entonces, uno de los objetivos de este proyecto es hacer esa “bajada de escala”.

CLAUDIA: Una de las cuestiones que nuestro proyecto considera es cómo lo que investigamos retribuye a las comunidades, cómo les da visibilidad a diversas prácticas comunitarias y de resistencia que puedan servir de aprendizaje para otras agrupaciones. Desde un punto de vista conceptual, es de interés discutir ciertas nociones que surgen con el estallido social: ¿qué es lo popular? ¿Qué visión tiene la gente del Estado cuando dice “cambiamos todo”? ¿Qué están esperando del Estado? Cuando se habla del buen vivir, de retornar a los espacios públicos, de reconstruir el espacio, ¿qué se está entendiendo por el espacio y lo público? Porque es probable que estemos entendiendo cosas distintas, pero no lo sabemos. Creo que ese es un aporte para las políticas públicas, que vemos que van por un carril y la vida de la comunidad va por otro. En este mismo sentido, parece muy interesante la visión que tiene la gente de recuperar el espacio de la auto-educación, en el fondo de cómo “ya, el Estado no nos da nada, no nos pesca, estamos solos. Bueno, hagamos nuestro propio mundo acá”. Y eso es realmente interesante, cómo se construye este mundo y sobre todo pensando en qué hay de antiguo, de memoria colectiva. Porque hay memoria, pero también hay cosas nuevas y eso nos parece importante.

Por otra parte, uno de los objetivos que tiene el proyecto es generar un espacio de reflexión con las propias comunidades, con las propias organizaciones, desde un enfoque más biográfico. La idea es discutir y reflexionar su experiencia, a través de entrevistas, y diversos materiales que surjan en las conversaciones. Se busca indagar en sus prácticas cotidianas, los problemas que deben enfrentar, las discusiones internas, lo que están pensando como una nueva sociedad. Aportar en la generación de espacios para la co-construcción de conocimiento con las comunidades y organizaciones, es lo que moviliza el trabajo.

BENJAMÍN: Uno de los aportes que puede hacer nuestra investigación es conocer las dinámicas de articulación y conformación de lo comunitario en esta crisis. Como sociedad no nos había tocado enfrentar una crisis de características tan complejas y las comunidades han respondido, se han adaptado en formas diversas y se ha generado aprendizaje. Ese aprendizaje es el que que-

remos mirar en conjunto. En segundo lugar, nos interesa aportar a la articulación y vinculación entre las mismas comunidades. Finalmente, nos parece relevante sensibilizar a la autoridad, al Estado, sobre lo complejo y lo diverso que es el ámbito de lo comunitario.

A modo de cierre, sería interesante preguntarse acerca de qué tipo de estrategias se han ido articulando para hacer frente a la pandemia y las cuarentenas. Podríamos decir estrategias de resistencia, pero también estrategias que se hacen cargo de la situación, porque el Estado está aplicando medidas homogéneas –e incluso una podría decir hasta mal planificadas—, pero las comunidades están haciendo, están resistiendo, están creando en este mismo proceso de crisis.

MARÍA LUISA: Una parte de nuestro proyecto era justamente comparar este tipo de estrategias que son de carácter comunitario con lo que ocurrió en otros lugares, donde hubo “políticas de burbuja social” o “confinamientos comunitarios”. Tenemos un equipo con el que estamos colaborando en Nueva Zelanda, ellos muestran que esas políticas han protegido a poblaciones que son más vulnerables. Por ejemplo, esta crisis socio-sanitaria ha afectado más fuertemente a las mujeres. Las mujeres retroceden 10 años en su inserción al mercado laboral, por lo que las políticas que se han aplicado en Chile son absolutamente ciegas a las políticas de género, es una política que no entiende que con medidas parejas hay una población que lo resiente más. En los paneles y conversaciones con actores regionales que hemos realizado, es impresionante la coincidencia que existe en términos de que, si no fuera por la red de salud a nivel local, estaríamos en un escenario mucho peor. Es claro que, bajo esa perspectiva, son las organizaciones territoriales las que han sostenido el costo de políticas ciegas a las diversidades. Han hecho un montón de cosas y hay que conocerlas y documentarlas para que después puedan ser traducidas en mecanismos que el Estado entienda e incorpore.

FELIPE: Lo que hemos podido ver hasta ahora es que hay prácticas que son diferenciadas; la frecuencia de las salidas durante la cuarentena tiene que ver con quienes se ven obligados o no a salir, y ahí nos damos cuenta de cómo ante medidas que son parejas para todos, en un mismo espacio hay respuestas bastante distintas. Una de las cosas que generan más diferencias en la población es la posibilidad de hacer las compras por internet. También nos damos cuenta que la mayor parte de la gente que nosotros encuestamos ha reducido su uso del barrio, porque va menos frecuentemente a comprar. Pero si hay un grupo de la población que aumentó su presencia y uso de la escala barrial, entonces ahí encontramos significados distintos: en algunos casos la pandemia provocó que la gente que ya tenía una vida muy activa en el barrio se encerrara un poco más, pero también motivó a que algunas personas que quizás hacían su vida afuera, ahora se vincularan al barrio. Personas que antes no hacían favores a sus vecinos, ahora si lo hacen, entonces también ha sido como un detonador de ciertas prácticas locales que son interesantes de considerar.

LAS ORGANIZACIONES SOCIALES EN EL PROCESO CONSTITUYENTE

Entrevistador: Stefano Micheletti Dellamaria⁶

Entrevistadas/o: Patricia Boyco Chioino⁷,

Ana María De La Jara Goyeneche⁸ y

Francisco Letelier Troncoso⁹

Para abordar la relación entre la discusión constitucional y la esfera organizacional comunitaria, hay que partir por constatar la existencia de una paradoja. En Chile hay un gran número de organizaciones territoriales y funcionales que hacen un aporte enorme a nivel social, pero tienen escaso poder. ¿Por qué?

FRANCISCO: En Chile tenemos 300.000 organizaciones de la sociedad civil, de las cuales unas 250.000 son comunitarias. Es un número enorme. Estas organizaciones realizan acciones muy

6 Académico de la Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

7 Patricia Boyco, antropóloga social por la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (Perú) y diplomada en Planificación Social por la Escuela de Planificadores Sociales/SUR. Presidenta de SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación entre el año 2000 y el 2019, coordinadora desde 2003 de la Escuela de Líderes de Ciudad, ELCl. Su trayectoria profesional está vinculada a la reflexión y docencia en materias de desarrollo local y participación ciudadana, al análisis, diseño, ejecución y evaluación de programas comunitarios y políticas públicas. Es co-autora de varios artículos y publicaciones sobre acción colectiva y territorios en tiempos de urbanismo neoliberal.

8 Ana María De La Jara Goyeneche, trabajadora social comprometida con proyectos políticos que buscan cambios profundos en el país. Su trayectoria profesional se ha centrado en el trabajo comunitario y en la docencia universitaria. En esa línea ha colaborado con el fortalecimiento de juntas de vecinos y otras organizaciones sociales y culturales, en la formación de dirigentes sociales y en actividades con niñas y niños. Fue directora de la ONG CORDILLERA y Presidenta de la Asociación Gremial de ONG's ACCION. Desde el año 2014 a la fecha coordina el trabajo territorial de la oficina parlamentaria del senador Carlos Montes y forma parte activa de la Red de Iniciativa Ciudadana de La Florida.

9 Francisco Letelier Troncoso, sociólogo y doctor en geografía y planificación territorial por la Universidad de Barcelona, y docente de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule y director del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT) de la misma casa de estudios. Sus ámbitos de interés son las comunidades y las relaciones vecinales, la territorialidad, la acción colectiva y la construcción social del espacio. Es autor de numerosos artículos científicos y libros.

importantes en barrios y poblaciones. Sin embargo, no participan del mapa de poder. Hoy día, en el contexto de la pandemia, volvemos a vivir lo que algunos experimentamos en el terremoto del año 2010, cuando el esfuerzo de muchas comunidades quedó invisibilizado a causa de un Estado que no entendió la existencia de una esfera comunitaria con gran capacidad de aportar. Hoy sucede algo similar. Hemos estado discutiendo con algunas colegas, por ejemplo, acerca de las medidas sanitarias: creemos que el confinamiento no es individual, no se vive en las casas. El confinamiento es más bien comunitario, porque las personas buscan a otras personas en sus barrios, en sus poblaciones; y eso, en lugar de ser una política pública que potencie una cuarentena a escala humana, con más cuidado colectivo, para el Estado no existe. Entonces tenemos ciertas prácticas positivas en los territorios, pero no tenemos un Estado que diseñe política pública hacia lo comunitario y que pueda aportar al proceso que estamos viviendo. Las comunidades quedan nuevamente al margen.

PATRICIA: Para poner otro ejemplo, en el caso de Talca, solicitamos información hace dos o tres años a la municipalidad y tenían registradas cerca de 600 organizaciones comunitarias: juntas de vecinos, clubes deportivos, organizaciones de mujeres, de vivienda, etc. Eso dice algo de cómo la gente se articula para darle salida a sus necesidades y problemas: hay mucha vitalidad en su interior. Sin embargo, pese a que son muchas, al mismo tiempo las organizaciones están separadas y metidas “en su metro cuadrado”, en su eje temático, en sus preocupaciones. No se vinculan con otras y, al no tener ese vínculo, pierden poder, no tienen fuerza para actuar, no están presentes, no están orientando ni incidiendo en los destinos de sus territorios.

¿Siempre fue así?

FRANCISCO: En resumidas cuentas, hay una historia de desmantelamiento de la fuerza, del poder articulado de los grupos comunitarios de base, que se inicia el año 73 con el golpe militar. En un momento histórico en el que había mucha organización y articulación, se despliega un proceso permanente de represión, de intervención, de fragmentación de las juntas de vecinos y de otras organizaciones comunitarias. Una parte de esta lógica se mantiene en los gobiernos democráticos, que implementan el modelo de fondos concursables para hacerlas competir entre ellas. Terminamos, entonces, concibiendo que cada una vive “en su metro cuadrado”, que no se dialoga con la organización vecina y, por lo tanto, los problemas que se comienzan a abordar son los de la pequeña esfera de la población, de la villa. Dejamos de mirar la ciudad, la sociedad en su conjunto. Sin embargo, creo que después del estallido esto se ha empezado a revertir.

PATRICIA: Lo que estamos viendo ahora –organizaciones temáticas muy metidas hacia adentro, casi encerradas en sí mismas y sin vínculos con otras, desarticuladas— es producto de un conjunto de medidas que se tomaron básicamente desde el año 1973 en adelante, y que se zanjaron en la constitución del año 1980. Se decretaron también otras transformaciones profundas, como el modelo de provisión de servicios, la existencia de un Estado subsidiario, el predominio del mercado; cambios que tuvieron como consecuencias que el ejercicio de participación demo-

crática directa fuera absolutamente borrado del mapa, dejando a las organizaciones comunitarias como un objeto de asistencia. La gente naturalizó esa forma de resolver los problemas. Pero, hasta el año 1971, la organización vecinal de los pobladores era muy fuerte. Durante el gobierno de la Unidad Popular se hizo una reforma constitucional que reconoció la participación como un derecho de las personas. Se reconoció, además, el estatus constitucional de las organizaciones vecinales y sociales: ese era el espacio, el modo en el que las personas podían estar presentes y por donde canalizaban sus necesidades y participaban en los distintos programas del Estado. Además, la ley 16.880, promulgada en el gobierno de Frei Montalva, daba a las juntas de vecinos un conjunto de atribuciones importantes; por ejemplo, una junta de vecinos –que territorialmente era más grande que las actuales— podía contratar créditos en el extranjero con aval del Estado. Mira el poder, el reconocimiento y el estatus que tenían en esa época. Negociaban con el municipio los presupuestos. Eran representativas y con atribuciones muy relevantes.

FRANCISCO: Lo que queremos decir es que todo esto muestra un gran cambio en el trato, en el pacto social entre el Estado y las comunidades, entre dos esferas de la sociedad. Pasamos de una etapa en donde esa relación estaba dando frutos desde el punto de vista de una gobernanza democrática con mucha participación popular, a un momento en el que se destruyó, se desmanteló. Hoy día estamos justo en una etapa en la que se puede retomar el diálogo y se puede construir un pacto potente entre lo comunitario y el Estado.

Ana María, sé que durante el último año trabajaste en Santiago en procesos de reactivación de las organizaciones sociales. ¿Cómo evalúas la posibilidad de que las organizaciones territoriales logren sintonizar con este movimiento social, que parece surgir de manera más espontánea?

ANA MARÍA: Siento que en la pregunta hay un signo de interrogación respecto a la vigencia de las organizaciones territoriales, especialmente las formales, como las juntas de vecinos. ¿Tienen algo que ver con el movimiento social? ¿Tienen capacidad de incidir? Desde mi mirada y desde mi práctica, quiero decir que las organizaciones territoriales tienen una larga trayectoria, nacen con autonomía y con autogestión: dos características que hoy día tiene el movimiento social en general. Las juntas de vecinos nacieron mucho antes de la ley, a principios de 1900, algunas inclusive a fines del siglo XIX, y sus finalidades fueron básicamente dos: 1) construir sociedad, construir vida comunitaria, y 2) construir las bases materiales para la vida, discutir y trabajar junto con el Estado para resolver los problemas y las necesidades que tenían los pobladores. Obviamente, esa capacidad de autogestión y esa autonomía han disminuido durante algunos periodos de la historia. La dictadura fue muy dañina, porque no las disolvió, sino que las intervino y las utilizó como vehículo de control. Hasta los árbitros de los partidos de fútbol de las ligas locales los nombraba la dictadura. Al término del régimen y a principios de la democracia, hubo movimientos fuertes de democratización de las juntas de vecinos, un intento de los propios exdirigentes y de la ciudadanía en general de rescatarlas. Luego, se experimentó aquella atomización que ya han señalado y el “proyectismo concursable”, que ha sido una de las cuestiones

que más daño les ha hecho a las organizaciones. También es un elemento crítico el autoritarismo con que funcionan las municipalidades: no hay gobierno municipal, hay gobierno alcaldicio.

FRANCISCO: Los dirigentes hacen grandes esfuerzos para ocupar los instrumentos de la ley, por ejemplo, constituyendo los consejos de la sociedad civil; pero el único derecho, que todo el edificio constitucional actual les asegura a las comunidades, es el derecho a petición. Básicamente a ser oídas, a ser escuchadas y a pedir.

ANA MARÍA: Las dirigencias de las juntas de vecinos pueden ser muy criticables, sin embargo, creo que tienen un potencial enorme. Son personas que, en la práctica, es impresionante como aprenden, como estudian, como analizan, y van encontrando caminos y alternativas. Como logran construir cierto tejido social, que tal vez no es todo lo rico que se necesita, pero que permite –si se dan las posibilidades de incidir, con una mezcla de negociación y presión— lograr algunas cuestiones desde la autonomía. Con su poco poder, las organizaciones territoriales y comunitarias son parte de este movimiento social. En mi hipótesis, son las mismas personas. Es un movimiento emergente, que se reflejó especialmente en las protestas y los cabildos, que tiene capacidad de presión. Eso es un tremendo reconocimiento: gracias a eso podemos echar a andar este proceso constitucional tan rico.

FRANCISCO: Estoy de acuerdo contigo, Ana María. Soy partidario de fortalecer la organización comunitaria territorial partiendo por las juntas de vecinos. Además, se requiere integrar al tejido organizacional un conjunto de grupos, articular organizaciones que tienen conflictos, porque un número importante de juntas de vecinos se ha adaptado al modelo institucional de la política chilena, que es muy vertical, muy autoritario, muy “peticionista”. Ahí tienen una responsabilidad grande las autoridades y los representantes políticos: han “clientelizado” a los dirigentes. Lo que veo hoy día es, por un lado, que hay una tensión fuerte entre las organizaciones vecinales tradicionales y las nuevas organizaciones de base comunitarias, que intentan hacer cosas, pero de repente se encuentran con la sede cerrada, con que los dirigentes antiguos se enojan porque hacen algo diferente. Eso está pasando mucho. Por otro lado, veo que hay también respuestas de otro tipo, procesos de articulación –como mesas territoriales, cabildos ciudadanos, cabildos territoriales— que logran aglutinar organizaciones vecinales clásicas con otro tipo de grupos comunitarios. Ahora, en la post revuelta social y en la pandemia, se pueden detectar experiencias de ese tipo que son bastante interesantes, donde además el concepto de territorio, más que el de organización, gana fuerza.

Hemos reconstruido la trayectoria socio-histórica de las organizaciones vecinales y de las comunidades en general, y hablamos de un momento muy particular, que se genera a partir del estallido social. Hoy día estamos entrando a un proceso constituyente. ¿Qué aprendizajes podemos rescatar, a propósito de la relación entre el Estado y las organizaciones comunitarias para lo que se viene?

PATRICIA: Creo que en los territorios está la memoria, está el capital para desatar las energías, las propuestas. Existen experiencias, ¿quiénes mejor que estos dirigentes y dirigentas conocen su situación? Una de las cosas que más me llamó la atención del “Encuentro Interregional de Comunidades, Organizaciones Territoriales y la Nueva Constitución”, que se realizó en el mes de diciembre 2020, fue el orgullo y la fuerza que tenían los dirigentes y dirigentas, el impulso de lo que pasó en octubre 2019 y en el Plebiscito Nacional de abril 2020. Se sentían protagonistas. En este escenario, una espera que haya fuerza social suficiente para que, en una nueva Constitución, se imponga una lógica de Estado absolutamente distinta a la que tenemos hoy: donde lo territorial y lo vecinal puedan ocupar un lugar relevante, como primer eslabón de organización. Esto es compartir poder. No sé si será posible, porque he escuchado candidatos a la constituyente que están felices con la Constitución de ahora, que dicen que solamente hay que afirmar los principios. Pero también están los otros, quienes reconocen la importancia de los derechos humanos, abogan por un Estado plurinacional. Eso sí, no veo con fuerza la posición que defienda y que releve el papel de las organizaciones vecinales, donde podamos ubicarnos las personas que queremos descentralizar este país, descentralizar las formas de gobierno y compartir poder, expandirlo. Eso empieza por los territorios.

ANA MARÍA: Coincido con Patricia. ¿Tendremos poder? ¿Lograremos construir un poder para dar a luz una Constitución del tipo que estamos reclamando? Creo que un desafío importante es la dificultad que tienen las organizaciones territoriales de vincularse mejor con lo “no territorial”. No siempre lo valoran, entonces, las juntas de vecinos y los grupos más tradicionales no ven los colectivos feministas, animalistas, ambientales, culturales. Ese es un desafío. El otro gran déficit que tenemos es relativo a la comunicación, al diálogo: cada uno se va para su casa, se encierra y lo que importa es el “metro cuadrado”. Pierde valor el “comadreo”, es considerado algo nefasto; pero la conversación es lo que hace la política y crea pensamiento crítico. A esto se suma el narcotráfico y la desprotección que hay por parte de las policías. La población se siente muy indefensa ante los territorios tomados. Hace un tiempo, una señora me decía que lo que más le dolía era la insolencia de esa gente, sentía que pasaban a llevar a su comunidad, la que habitaba desde hace 40 años el territorio. Los “narcos” acaban de llegar, instalaron una piscina en el pasaje y no la dejaron sacar su auto. Eso destruye el tejido social y afecta la construcción de poder vecinal.

Las demandas que tienen los dirigentes sociales son muy similares a las que existen en el resto de la sociedad, pero con más énfasis en la participación vinculante y en su reconocimiento como organizaciones. Precisamente tiene que ver con el poder; algunos dirigentes dicen: “¿para qué vamos a participar si ni siquiera nos oyen? No pasa nada”. En ese caso, la participación es vacía. Debe reconocerse que somos sujetos sociales, que necesitamos un cierto poder porque representamos a nuestras comunidades, porque somos parte y porque damos la posibilidad de la participación directa. Lo más complejo, pensando en las organizaciones, es que no hay una autocrítica en relación a las dificultades de construir poder simétrico con los pobladores, con las mujeres, los jóvenes y los niños, que siempre son un “problema” en las poblaciones. No se re-

conocen como una sabia viva para las comunidades. Creo que los actuales grupos de dirigentes sociales son muy valorables, tienen muchas capacidades; sin embargo, sienten frustración y ya no confían en lo que pueden hacer y se van desgastando.

FRANCISCO: Es un círculo vicioso, porque hay una gran discusión a nivel vecinal sobre ciertos temas que no constituyen ningún poder. Esta ausencia de poder y de autonomía es grave, porque ha ido empobreciendo la vida organizativa vecinal, la transforma en una cosa sin relevancia. Ahí está la crisis: la gente no participa, no va a reuniones, porque en realidad los asuntos que se tratan no tienen gran relevancia, o la capacidad de cambiar las cosas es muy pequeña. Creo que el primer punto es que logremos que en la próxima Constitución se reconozca el derecho a la participación, se reconozcan a las organizaciones comunitarias en su amplia concepción, como un eslabón esencial de los procesos de democratización y gobernanza, que se les otorgue un poder que hoy día no tienen. Eso es básico, y que además se generen mecanismos de participación que hoy día no existen, a nivel local, a nivel regional, como fortalecer los plebiscitos comunales, el voto programático, el referéndum revocatorio. Todo este conjunto de cuestiones, que tienen que ver con la redistribución del poder, es clave. Pero eso no basta, también hay que hacer un esfuerzo por enredarse, articularse, salir del “metro cuadrado” y empezar a mirar otro tipo de organización, otro tipo de prácticas, no tenerle miedo a los “otros”: las organizaciones informales, las redes, los grupos, los activistas. Creo que en eso ha ayudado mucho la revuelta de octubre 2019, el estallido ha impulsado ese proceso. Hay que repensar lo comunitario porque necesitamos ese “paragua”, una esfera independiente del Estado y del mercado, pero capaz de dialogar con ellos.

¿Cómo debiera plasmarse eso en la nueva Constitución, concretamente?

PATRICIA: Todos nosotros, nosotras, venimos de diversas experiencias de escuelas de dirigentes y dirigentas, sabemos lo que generan en la construcción de nuevos imaginarios en relación a lo comunitario como una fuerza motora. Sabemos lo que significan las metodologías, el acto de la información, el compartir experiencias. Todo eso va haciendo más seguros de sí mismos a los dirigentes y dirigentas, quienes empiezan a tener un discurso con un horizonte que va más allá de la junta de vecinos, de lo territorial o del único tema con el que llegan a los espacios de capacitación. Necesitamos escuelas de formación para dirigentes, eso va reforzar tanto la autonomía como la capacidad de autogestión de las organizaciones. Necesitamos, ya lo decía Norbert Lechner en el año 2000, más sociedad para gobernar el futuro.

Por otro lado, hoy existen muchas instancias y mecanismos de participación que no son vinculantes, y la mayoría de las veces acaban siendo un rito comunicacional en que la foto, el titular, la noticia, pretenden transmitir que el acto participativo se consolidó. Pero no pasó nada, porque nada se movió, nada cambió, todo sigue igual. Entonces, tenemos que imaginar un tipo de poder compartido desde los territorios con la esfera público-política, que dé salida a las voces ciudadanas, de manera incidente y vinculante.

ANA MARÍA: Quisiera insistir en una idea: creo que estamos en un momento histórico, que puede ser precioso. Lo más importante es que el proceso permita construir efectivamente una nueva Constitución y, en ese sentido, creo que debemos insistir mucho en el trabajo territorial si queremos que las organizaciones vecinales recuperen su vigencia. Nuestros constituyentes fueron elegidos por territorio, por distrito, y es necesario estar pidiendo constantemente información, que podamos hablar de la nueva Constitución, porque existe este mito de que las juntas de vecinos no pueden hablar de política y eso ha hecho mucho daño. Es importante, durante este periodo, que hablemos, que los dirigentes nos informemos, que conversemos y que llevemos a nuestras comunidades a los constituyentes para que estén permanentemente presentes, que tengamos múltiples conversaciones con ellos y podamos construir, ponernos de acuerdo en algo nuevo. El proceso constituyente puede ser una buena oportunidad para que las organizaciones recuperen poder, pero para que eso suceda tenemos que estar más presentes: los partidos políticos, las universidades, las ONG's, las fundaciones, las iglesias. Estos procesos no se dan espontáneamente, se dan porque hay fuerzas que trabajan.

FRANCISCO: El desafío es constituir una esfera comunitaria más integrada, más articulada; es reconstruir las relaciones que tenemos entre diferentes mundos comunitarios, hacer que las organizaciones vecinales se entiendan como parte de un universo mayor, eso es fundamental y nos podría ayudar mucho. Ahí las universidades tenemos la tarea de apoyar en esa reflexión, insistir en la idea de una esfera comunitaria democrática, articulada, que permita darle salida a esta actoría necesaria, que equilibra el poder del Estado y del mercado.



FEMINISMOS, CRISIS Y COMUNIDADES

*Entrevistadora: Javiera Cubillos Almendra¹⁰
Entrevistadas: Yanina Gutiérrez Valdés¹¹,
Gloria Mora Guerrero¹² y Ana María Vera Haro¹³*

El asunto que convoca este diálogo es el de desenmarañar los vínculos que pueden existir entre los feminismos y las “actuancias” promovidas por mujeres, la crisis sanitaria (u otras crisis) y la conformación -reactivación, regeneración o transformación— de las comunidades o -a decir de Raquel Gutiérrez— de los “entramados comunitarios”. En este contexto, les agradecería comentarnos cómo sus investigaciones actuales o los proyectos en los que participan (académicos o no) se vinculan con estas temáticas.

GLORIA: Actualmente me desempeño como académica en el Departamento de Psicología de la Universidad Católica de Temuco. Ingresé el año 2015 e inicié un programa de investigación que

10 Académica de la Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

11 Psicóloga por la Universidad de la Frontera (Temuco), Magíster en Psicología Mención Comunitaria por la Universidad de Chile y candidata a doctora en Estudios Transdisciplinarios Latinoamericanos, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, con una tesis que aborda el campo investigativo de las mujeres mayores. Académica del Departamento Disciplinar de Psicología de la Universidad de Playa Ancha (Valparaíso).

12 Psicóloga por la Universidad de Guanajuato (México), Magíster en Psicología Comunitaria por la Universidad de Chile y Doctora en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Académica del Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias de la Salud, en la Universidad Católica de Temuco e Investigadora FONDECYT de Iniciación 11180780, con el proyecto “Las que tienen hijos chicos no pueden ir a trabajar: la organización social del cuidado como condición de la participación de mujeres en asociaciones productivas rurales de la Araucanía”.

13 Psicóloga por la Universidad de la Frontera (Temuco), activista feminista y observadora de derechos humanos, diplomada en Salud Mental y Psiquiatría Comunitaria por la Universidad de Chile y diplomada en Salud Familiar por el Centro Nacional de Perfeccionamiento Profesional del Doctor Fermín Domínguez (Cuba). Cursó los primeros años del doctorado en Procesos Sociales y Políticos Latinoamericanos en la Universidad ARCIS, ha sido docente en diversas universidades regionales, es integrante en la Asociación Gremial de Psicólogos de Salud de la Araucanía y parte del equipo directivo de la Sociedad Chilena de Psicología Comunitaria.

trata de abordar, desde el punto de vista de la psicología comunitaria, la vida cotidiana del hogar rural, fundamentalmente, desde la perspectiva de las mujeres que se dedican a la agricultura familiar campesina. Desde el año 2015 he estado trabajando en este programa, que integra una perspectiva de género. Básicamente, nos sumamos a la línea de los estudios feministas y pretendemos dar respuesta a tres interrogantes: i) ¿cuáles son las condiciones económicas, sociales, culturales que explican la posición social de las mujeres?; ii) ¿cuáles son las formas que las mujeres hemos encontrado para subvertir esta posición social?, es decir, para cambiar los términos en los cuales se están estableciendo las relaciones, ya sea al interior de las familias, en las comunidades o en relación con las instituciones sociales o estatales; y iii) ¿cuáles son las acciones que podremos emprender para avanzar, todavía más, hacia la equidad de género? Esto es lo que he estado trabajando en este programa, desde el punto de vista de agricultoras a pequeña escala.

Existe una línea de investigación que habla acerca de cómo efectivamente las mujeres agrícolas, las agricultoras a pequeña escala, se encuentran en una posición de subordinación por múltiples factores: pobreza, falta de acceso a servicios básicos, menores oportunidades de participación laboral, falta de acceso al capital y a la tecnología, entre otras. De este modo, estamos observando cómo la forma en que se organiza el cuidado también crea desventajas para las mujeres, en muchos sentidos: en sus oportunidades de participación laboral, en los espacios para el ocio, en las posibilidades de cuidar su salud mental, etc. Entonces, creo interesante conocer y aprender formas alternativas de enfrentar las crisis sociales, políticas y sanitarias. ¿Qué podemos aprender de ellas, de sus experiencias, para replantearnos o rearticularnos como sociedad?

YANINA: Estoy trabajando en la Universidad de Playa Ancha, en Valparaíso, en el Departamento de Psicología. Mi trabajo tiene que ver con la psicología comunitaria, desde donde me he ido relacionando con distintos grupos, sectores y comunidades. Cuando trabajé en Talca, realicé un acercamiento al trabajo con mujeres mayores. En primera instancia, este trabajo se transformó en una escuela de empoderamiento y de agencia de mujeres mayores, lo que posteriormente derivó en un proceso de acompañamiento que ha durado tres años. Así formamos un grupo con alrededor de 15 mujeres mayores, de entre 60 y 82 años.

A partir de este acercamiento, empecé a preguntarme cómo estas mujeres mayores entienden la libertad, porque ellas mismas manifestaban que, ahora que eran más viejas, se sentían más libres. Desde fuera, observando la historia de vida de otra persona, una mira esa libertad con cierta suspicacia, quizás consideras que esa forma de libertad no te permitiría ser muy libre. Eso me llevó a trabajar el tema en mi tesis doctoral, la que estoy terminando ahora, que tiene que ver con los significados otorgados por mujeres mayores a la autonomía. ¿Cómo entienden las mujeres mayores su autonomía? Esa es la idea central, y me posiciono desde la gerontología feminista, que plantea que las mujeres mayores han sido muchas veces postergadas y dejadas de lado, invisibilizadas, en una suerte de decadencia que precisamente mantiene prejuicios y estereotipos que hasta hoy día permanecen. El abuelismo, el viejismo, el edadismo son parte

activa de la posición que actualmente las mujeres mayores tienen socialmente. Estos discursos las sitúan en una posición de vulnerabilidad y fragilidad. La tesis que estoy trabajando trata de ver –desde el trabajo con trayectorias de vida, a través de entrevistas biográficas— cómo ellas entienden sus procesos de ir construyendo su devenir mujeres y si es que hay eventos, situaciones, hechos o acciones, que puedan tener incidencia en sus concepciones de autonomía.

Me he encontrado con cosas bastante interesantes y también cosas muy difíciles de asumir. La vejez en Chile es una población que ahora, con el COVID, ha tomado importancia, pero desde el punto de vista de que son aquellos o aquellas más propensas a morir por la enfermedad. Se les pone en una posición de vulnerabilidad y fragilidad, cuando también cabe visibilizar qué otras cosas pasan o se juegan en esas posiciones sociales. Eso es lo que estoy trabajando, desde el punto de vista de la vida cotidiana, asumiendo que la construcción de la autonomía, finalmente, se juega en la vida cotidiana.

ANA MARÍA: En estos momentos estoy compartiendo una investigación con Yanina y Javiera, que lleva por nombre “Memorias de una pandemia”, que se enmarca en un proyecto de alcance latinoamericano que integra a más de dieciocho instituciones. En el caso de Chile, particularmente, estamos interesadas en ahondar en las narrativas de mujeres que se han involucrado en prácticas de resistencia en el contexto de la crisis sanitaria actual. Esta es una investigación que me parece maravillosa, porque reúne dos temas que han marcado mi vida. El primero tiene que ver con la memoria, con los procesos de construcción de memorias colectivas. El segundo, con cómo las organizaciones de mujeres están afrontando un periodo crítico a partir de sus prácticas colectivas, que podríamos situar en clave de resistencia. Esto último es la continuidad de una trayectoria que inicié junto a otras investigadoras, con quienes nos acercamos a dialogar con mujeres mapuche. Ellas estaban afrontando la violencia sociopolítica en la Araucanía, el Wallmapu, y aprendimos cómo, desde sus saberes colectivos y la fuerza organizativa de las comunidades, pueden afrontar la violencia sociopolítica y avanzar hacia una reparación en comunidad.

De este modo, el proyecto “Memorias de una pandemia”, centrado en prácticas de resistencia movilizadas por mujeres, busca comprender qué está ocurriendo con las economías del cuidado: ¿se evidencian tensiones entre las labores desarrolladas en los espacios privados?, ¿qué ocurre con la vivencia de estas lideresas en relación a dobles y/o triples jornadas laborales? Hablamos de triple jornada en cuanto dichas mujeres están tratando de “parar su propia olla” (cuidar sus hogares y a sí mismas) y “parar la olla” del territorio (trabajo comunitario), mientras muchas realizan también labores remuneradas (empleo). Creemos relevante mirar esto, porque ya llevamos más de un año con esta pandemia y muchos investigadores e investigadoras están discutiendo si realmente estamos en una crisis o si ya es un escenario que se va estabilizando como estado de situaciones críticas más estructurales. Vemos como esta pandemia ha ido profundizando las desigualdades sociales que ya existían, también vemos como los territorios y las colectivas han podido resistir con propuestas, reinventado o recuperando prácticas que, históricamente, han estado presentes ante los avatares de la desigualdad.

Por otra parte, a partir de esta investigación hemos podido profundizar en como algunas economías más territorializadas, solidarias, han permitido desplegar mayores respuestas e incluso respuestas más innovadoras. Circuitos que también han permitido mayor distribución de poderes y de recursos, posibilitado enfrentar algunas desigualdades y romper los límites del encierro, de la reclusión que las medidas sanitarias han impuesto sobre nuestros cuerpos, nuestras vidas, minando muchos de los derechos, libertades y autonomías que ya se habían recuperado. Es así como he podido realizar entrevistas a una lidereza comunitaria, parte de una organización que ha logrado mantener por mucho tiempo una olla común en Temuco, y a una colectiva feminista de las disidencias, quienes están trabajando sistemáticamente en la defensa del ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos, pese al confinamiento domiciliario producto de la pandemia.

Los tres proyectos de investigación que nos presentan, sin duda, comienzan a dilucidar este entramado entre crisis, feminismos y comunidades. No obstante, antes de entrar de lleno en ese diálogo, cabe destacar que las investigaciones que comentan se localizan, principalmente, en ciudades no metropolitanas. Entiendo que la investigación de Gloria se sitúa en Wallmapu, en la Araucanía; Ana María ha estado realizando trabajo de campo y entrevistas en Temuco; Yanina ha trabajado su tesis doctoral en Talca y, en el marco del proyecto “Memorias de una Pandemia”, ha realizado entrevistas en Valparaíso; y, por mi parte, he realizado entrevistas tanto en Chillán como Talca.

Lo anterior también concatena con una investigación que estamos realizando desde la Escuela de Sociología, que busca indagar en los entramados comunitarios que se rearticulan en el contexto de crisis sanitaria, para apoyar y crear redes de solidaridad en torno a la sostenibilidad de la vida. Uno de los énfasis de este estudio está en las acciones feministas que actualmente toman mayor visibilidad a nivel comunitario. En ese escenario, estamos mirando iniciativas en las ciudades de Talca, Chillán y Rancagua. Entonces, vemos que los proyectos que estamos poniendo en diálogo no sólo comparten este interés por visibilizar el trabajo, las “actuancias” y las resistencias de mujeres en contextos de crisis, sino que lo hacemos en ciudades intermedias o que no corresponden necesariamente a la capital nacional, que suele ser un escenario de estudio bastante recurrente.

Por otro lado, cabe poner en la palestra cómo visualizan los feminismos el concepto de crisis. Actualmente estamos frente a una crisis sanitaria, pero también podemos argumentar, desde la economía feminista, que esta es una crisis “sobre” otras crisis. Estamos viviendo lo que muchas/os han llamado crisis civilizatoria, sistémica, multidimensional, que repercute en todo el tejido social y que es provocada por un modelo económico determinado, que pone en el centro el capital por sobre la sostenibilidad de la vida. En esta línea, desde hace un tiempo, ciertas autoras –como Amaia Pérez-Orozco, Cristina Carrasco, Sandra Ezquerro, entre otras— aluden a una *crisis de cuidados*, aquella que afecta a los hogares cuando las mujeres nos insertamos masivamente en el mundo laboral, donde

las labores reproductivas o de cuidado, asignadas tradicionalmente a las mujeres, se ven mermadas, transferidas y/o tensionadas. Entonces, en este contexto, ¿cómo se han visto afectadas particularmente las mujeres?

GLORIA: En los diarios, con frecuencia, hemos visto distintos estudios que muestran el panorama que estamos viviendo hoy en el país. He estado haciendo un seguimiento de estas notas, por ejemplo, una nota que salió en el diario La Tercera en septiembre del año pasado. Esta hablaba de un sondeo de la Mutual de Seguridad y de la encuesta CADEM sobre percepciones en relación al retorno al trabajo presencial. Ahí encontramos angustia y miedo, sobre todo en mujeres. El 26% de los hombres encuestados sentía angustia, contra el 43% de las mujeres, y, respecto al miedo, vemos el 34% de los hombres versus el 47% de las mujeres (Sepúlveda, 2020).

En agosto del año pasado, una nota que salió en la Radio Bío-Bío sobre un estudio de la Universidad de Valencia, de la investigadora Empar Aguado, plantea que hay que reconocer que los hogares, los sistemas de salud y la economía han sido sostenidos por el trabajo doméstico durante esta crisis, pero no a costa de nada; hay costos (Syrikova, 2020). En agosto 2020, el diario La Tercera aborda la encuesta de empleo del Centro de Encuestas y Estudios Longitudinales de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde se evidencia que durante esta pandemia las mujeres han aumentado 1,4 horas en trabajo doméstico (Alonso, 2020). Esto tiene relación con lo que tu decías, Javiera, si ya antes había una inequidad en la distribución del trabajo doméstico, ahora se ha agudizado. Hay datos sorprendentes respecto a esta encuesta, casi el 40% de los hombres había dedicado 0 horas al trabajo doméstico en una semana (Alonso, 2020).

Entonces, hay una muy baja corresponsabilidad en las tareas domésticas en Chile, algo que también ha señalado Comunidad Mujer, quien ha estado insistiendo de manera reiterada que es necesario reactivar medidas por parte del gobierno, de las empresas, de las organizaciones públicas, para encontrar alternativas para solventar esta inequidad, que se suma a una inequidad que ya vivíamos las mujeres (Leiva, 2020). Cabe encontrar alguna estrategia —por ejemplo, implementar subsidios—, porque toda esta inequidad en el cuidado tiene su costo, en este caso, sobre la salud mental de las mujeres. Las mujeres son las personas que más se han visto afectadas en su salud a raíz de toda la crisis que estamos viviendo: depresión, ansiedad o trastorno del sueño (Hartung, 2020).

Es importante generar una mayor visibilidad de los efectos que está teniendo la crisis sanitaria y el aislamiento social sobre la salud mental y física, y en la organización al interior de los hogares (Hartung, 2020). Si bien esto es algo que estamos viviendo hoy en día, tenemos la obligación ética, la obligación política, de visibilizar esta crisis. En ese sentido, también estamos frente a una oportunidad para buscar formas de transformar los escenarios críticos y retomar algunas experiencias que nos ayuden a repensar cómo podemos encontrar otras formas para enfrentar el cuidado. A eso es a lo que me refería cuando me preguntaba qué podemos aprender como mujeres para encontrar formas de subvertir las desigualdades que enfrentamos, para construir una sociedad distinta.

En relación al trabajo con agricultoras a pequeña escala, he visto que ellas tienen la responsabilidad del trabajo doméstico y del cuidado, y son capaces de subvertir estas formas cuando resignifican el trabajo doméstico, cuando generan un cambio social o, al menos, un cambio familiar en la significación de este tipo de trabajos. En el hogar campesino se traslapan las actividades productivas (cuidar el campo, cuidar la huerta) con las actividades reproductivas (cuidar a otras personas). Eso, evidentemente, tiene un costo muy alto para ellas, les genera frustración, pero cuando logran que ese aporte dentro del hogar se transforme y sea visualizado como un aporte social, comunitario, familiar e incluso un aporte intergeneracional, les da mayores oportunidades de enorgullecerse de lo que están haciendo. Lo que ellas están generando productivamente es motivo de orgullo incluso para sus hijas, para las siguientes generaciones. Entonces, llevo esto que observo en mi investigación a un escenario macro social, donde se hace cada vez más patente que no podemos seguir sin una organización social sustentable de la vida. Hoy día, ¿cómo podemos cambiar esos términos y encontrar nuevas significaciones, para replantearnos de otra forma? No solamente la sociedad, sino también las mujeres: ¿cómo podemos replantearnos en nuestra autoestima y/o rescatar todo esto que hemos estado generando y aportando a la sociedad?

En lo que nos plantea Gloria observamos una tensión importante: las mujeres, en mayor medida, nos hemos preocupado de las tareas de cuidado, pero ¿quién cuida de las cuidadoras? Muchas veces las mujeres que ejercen estas labores ponen por delante el cuidado de otros u otras, dejando de lado su salud mental, su salud física, su salud emocional. Ahí hay una problemática que, si bien ha empezado a visibilizarse, aún queda por trabajar. Sobre todo, recordando lo que mencionaba Yanina, en un escenario social donde se fomenta esta idea de la autonomía, de la independencia, cuando en realidad –junto al feminismo, vamos a decir que— las personas somos frágiles física, emocional y psíquicamente, necesitamos cuidados desde que nacemos, durante todos nuestros procesos vitales. Si estamos enfermas necesitamos que nos cuiden, necesitamos cocinar, limpiar nuestra casa, estamos constantemente apoyándonos en otros y otras para poder seguir subsistiendo y ese elemento parece estar escasamente visibilizado. Con ello, como sociedad, estamos descuidando a este grupo de mujeres que tienden a dejar de preocuparse por sí mismas por estar cubriendo las necesidades de otros y otras.

Entonces, la tensión se expresa, por un lado, porque las mujeres presentan necesidades o problemáticas específicas dados los roles socialmente asignados y, por otro, ellas suelen ser las protagonistas de iniciativas colectivas a nivel local en ayuda de otras personas con mayores necesidades, tanto materiales como psicológicas o incluso emocionales. Por ejemplo, un estudio de la Universidad de Chile, a principios de la pandemia, hablaba de una feminización de las ollas comunes. En este contexto, Yanina, quisiera preguntarte, ¿qué rol crees que han cumplido históricamente las mujeres en enfrentar diferentes crisis y también en el tejido de las comunidades?

YANINA: Quería acotar un par de cosas, a propósito de lo que estabas diciendo, que me parece que está apuntando muy bien a dos situaciones. Primero, que la interdependencia es parte de nuestra relación como seres que convivimos juntos y que conformamos grupos, comunidades, sociedades. Entonces, dependemos unos de otros, no podemos negarlo, a pesar de que nos han dicho que somos independientes desde un discurso capitalista que se presenta desde la autosuficiencia y que, por lo tanto, asume que el resto no contribuye en nada a tus logros, a alcanzar una meta, a desarrollarte, a crecer, a estudiar, etc. Hay que despertar de esa ilusión que responde a un sistema que tiene como finalidad aumentar el capital a costa de los seres humanos. Es un sistema que no pone necesariamente a la vida como elemento central.

Por otra parte, cabe mencionar que el discurso sobre la autonomía también puede tener un correlato neoliberal, más cercano a esta idea de independencia. Sin embargo, cuando hablo de autonomía, lo hago desde una perspectiva feminista, que la entiende como relacional; es decir, logramos la autonomía porque otros y otras nos permiten ser autónomas/os. Hay oportunidades, hay facilidades, algo ocurre para que tú puedas desarrollar esa autonomía.

Para responder a la pregunta sobre el rol histórico de las mujeres, me sitúo desde las trayectorias vitales que he podido ver en mi trabajo con mujeres mayores. Lo que tenemos hoy día está construido sobre lo que otras mujeres han hecho en otro momento. Hay hilos de tiempo que se van cruzando y también hay modelaje de madres, abuelas, tías y amigas. Cuando una habla con mujeres grandes, siempre está la imagen de otras mujeres que han marcado la vida, en el sentido de que les han mostrado como se es mujer, como se debe cuidar, como mantener y sostener la vida. Una señora campesina mayor, me decía muy orgullosa que ella, a los 15 años, sabía manejar una casa y que las jóvenes de hoy no saben. Ese es un aprendizaje de sus ancestas y ella lo plantea de esa manera: “manejar la casa” quiere decir tener bajo control las disposiciones de la vida familiar.

Estoy de acuerdo con esa idea de vivir eternamente en crisis, porque como país nos afecta el hambre, la falta de agua, la contaminación, la violencia, los terremotos, la pobreza, etc. Hay eventos que intensifican ciertas condiciones materiales y, en ese escenario, emerge con mayor visibilidad el accionar de las mujeres. En la historia, esas apariciones tienen distintas manifestaciones, pero finalmente se dan en la vida cotidiana. El sostener, cuidar, preocuparse de otros y otras también tiene que ver con la vida cotidiana. A pesar de la fragmentación social, las mujeres somos las que mantenemos en gran medida los vínculos, los lazos sociales, implementando también lazos de resistencia: al individualismo, a las relaciones mercantilistas como únicas formas de relacionarnos. Esto es clarísimo cuando trabajamos con comunidades; quienes más participan son mujeres y lo hacen desde distintas posiciones.

A propósito de lo que dice Gloria, cuando hablo con mujeres mayores, que han dedicado buena parte de su tiempo al trabajo reproductivo –doméstico, no pago, no asalariado—, una forma de participación que ellas tienen es a través de las organizaciones de padres y apoderados

de la escuela de sus hijos e hijas, y son activas. Desde ahí articulan formas de estar presente que no tienen incidencia política, entonces, esas formas de liderazgo tampoco son muy vistas. Por ejemplo, en otra entrevista, hablamos con una mujer que decía “yo me encargo de hacer cadenas de favores anónimamente, busco a gente que me apoye, que me dé dinero cuando alguien esté en una condición de enfermedad, o cuando está recién teniendo un emprendimiento pequeño”. Esas pequeñas redes de apoyo tampoco son visibilizadas, no son las que aparecen públicamente.

Esta reflexión se vincula a lo que comentó Anita respecto a cómo las mujeres, cuando comienzan a ejercer liderazgo, muestran acciones que tienen que ver con el cuidado. En las mujeres mayores vemos que, si son dirigentes de un grupo de personas mayores, se preocupan de quienes están enfermas/os, de ver cómo las/os vamos a apoyar, etc. Lo paradójico es que, en la vejez, se siguen manteniendo las mismas formas de subordinación que enfrentan a través de otros periodos de la vida. Entonces, los hombres colonizan estos espacios de liderazgo y suelen ser más visibles. Las mujeres tienen un perfil más bajo, públicamente no se presentan tanto, les cuesta hablar en público, entonces, su protagonismo e incidencia política queda opacada.

Para terminar, cabe destacar que las mujeres participan en distintos tipos de organizaciones que mantienen la vida, como las ollas comunes. Las ollas comunes han conservado una tradición importante en la historia chilena, pero hay un montón de otras iniciativas que tampoco tienen tanta visibilidad, como las acciones en defensa del territorio, de provisión de cuidado, las redes de protección frente a la violencia machista, las coordinaciones en pequeñas cooperativas, la mantención de los huertos, etc. También el cuidado en lugares más íntimos, como el cuidado de animales, de espacios, de plantas, de personas.

Efectivamente, Yanina, vemos cómo el trabajo que se dice “doméstico” también se extiende a la comunidad. Por ejemplo, esto de cuidar las/os hijas/os de otras personas, cuidar la casa cuando alguien ha salido, etc. Siempre ha habido articulaciones donde mujeres también se han acompañado y han tejido comunidad; redes para poder subsistir, no solo físicamente –como la comida, la ropa, las ollas comunes—, sino también para proveerse de cuidados, apoyo y atenciones en casos específicos. Ese ha sido un rol que las mujeres han ejercido históricamente.

Por otro lado, es cierto aquello que comentas, Yanina, sobre la participación de las mujeres. Muchas veces, las mujeres participamos del espacio público comunitario, del espacio político, pero no siempre accedemos a los cargos de representación en las juntas de vecinos, por ejemplo. Asimismo, muchas veces ser presidenta del centro de padres y apoderados está menos valorado en relación a otros cargos de representación. Aunque también hay un activismo político, hay una responsabilidad que moviliza a las mujeres a contribuir con sus comunidades, este tiende a ser subvalorado. Vemos cómo el trabajo de cuidado se proyecta a la comunidad y a otros espacios, y sigue el patrón de subvaloración.

Aun así, somos testigos de cómo las mujeres siguen articulando la comunidad en este contexto de crisis, urdiendo estos entramados comunitarios de los que hemos hablado. No obstante, posterior a la revuelta feminista del 2018 y a la revuelta social del 2019, vemos que ahora se tornan más visibles orgánicas que se reconocen abiertamente feministas y que están accionando, actuando, que buscan construir redes. Entonces, quería preguntarte, Ana María, ¿qué rol crees que han jugados las mujeres y los feminismos en la actual crisis?

ANA MARÍA: Principalmente, me voy a referir a los feminismos, porque me parece que históricamente han jugado un rol central en diversas crisis que hemos vivido como país. También quería hacer mención de la gran historia, que pocas veces ha sido contada, del camino que los feminismos han tenido en el siglo pasado y en este, respecto de distintas luchas, de distintas crisis sistémicas, como también mencionaste. Pienso, en primer lugar, en el gran legado de las mujeres desde las luchas obreras, en Teresa Flores, que ya en los años 30 denunciaba la gran precariedad de las clases populares.

Posteriormente, podemos recordar el surgimiento del MEMCH, el Movimiento pro Emancipación de las Mujeres, que, en pleno contexto de guerra mundial, dejó una huella importante en la política chilena. Ellas, muy adelantadas para su tiempo, usando formas de comunicación que hasta el día de hoy son alternativas –como fanzines, boletines, revistas— lograron también contribuir a este carácter movimientista, y ese es un tremendo aporte. Las “memchistas” hicieron grandes esfuerzos para poder discutir en la política de la época, siendo un contexto desfavorable, donde se les negaba la ciudadanía a las mujeres. Aun así, lograron visibilizar sus denuncias en torno a las deterioradas condiciones en las que vivían las familias pobres urbanas de la época. A hí también tenemos un ejemplo de cómo los movimientos de mujeres y feministas instalaron discusiones que, hasta el día de hoy, lamentablemente, son un tema transversal, que tienen que ver con la precariedad de la vida y con las condiciones difíciles que nos impiden el buen vivir. Incluso los ahora llamados derechos sexuales reproductivos también se estaban discutiendo en esa época, desde las demandas e interpelaciones del MEMCH.

Pasando a los años 80, vemos al movimiento de las mujeres en la lucha contra la dictadura, donde tuvieron un rol importante en la organización de las poblaciones y barrios. También en la búsqueda de sus familiares detenidos desaparecidos, y en la observancia de la transgresión a los derechos humanos de la época. Son experiencias sobre las que indudablemente se construyen los feminismos actuales, de ellas hemos aprendido. En la actualidad, es importante mencionar el levantamiento del “Mayo feminista” del 2018, que sin duda logró remecer a una de las élites más intocables, como son ciertas capas estamentales dentro de las universidades. Las jóvenes feministas desbordaron transversalmente con sus demandas esas estructuras a lo largo de todo el país, y tuvieron que ser transformadas. Hoy día tener un protocolo de género en todas las universidades es parte de los sentidos comunes y eso se lo debemos a ese

“Mayo feminista”. A su vez, todo ese trabajo fue un aporte y un soporte en la revuelta social de octubre. Revuelta impactante, con importantes repercusiones: como un proceso constituyente que está en marcha.

Se podría decir que las prácticas movimientistas del feminismo tienen raigambres tan sólidas que contribuyeron a que esta revuelta social integrara nuevas formas de hacer política, en eso estamos hoy día, pensando en cómo contribuir para impulsar las transformaciones que necesitamos. Cuando se levanta la revuelta, el movimiento feminista fue una de las organizaciones sociales y políticas que contaba con mayor estructura. Venían trabajando programas anuales en los encuentros plurinacionales, con amplias convocatorias desde el 8M, con demandas transversales que no sólo tenían que ver con la equidad de género o las desigualdades entre hombres y mujeres, si no que implicaban reivindicaciones vinculadas a paradigmas complejos como el buen vivir, las luchas por el derecho al agua, por la defensa de los territorios y sus autonomía, por el movimiento estudiantil, por los derechos sociales y en contra de la precarización de la vida. Son programas co-construidos nacionalmente y que hablan de una forma distinta de democracia, más participativa: con diálogos afectivo-políticos que fueron posibles en la implementación de las asambleas, diálogos desde el *affidamento* –del que hablamos las feministas— y en espacios libres de violencia, como dice Marcela Lagarde.

He ido recorriendo, así, parte de los grandes aportes del movimiento feminista en nuestro país, a la revuelta social de octubre y muchas de las iniciativas que emergen hoy en contexto de pandemia como respuesta solidaria ante la precarización. Pude observar esto en las entrevistas con las organizaciones de las ollas comunes y con grupos feministas de las disidencias. Conocimos una iniciativa sobre educación sexual, particularmente enfocada en la distribución de preservativos. La colectiva ya venía con un trabajo formativo anterior y se reinventaron en pandemia, levantando un proyecto maravilloso, con mucho sentido en estos tiempos. La iniciativa se llama “Muévete rico, muévete seguro”. Un nombre que contradice estos tiempos de confinamiento, donde la principal medida de control sanitario ha sido restringir el movimiento. Entonces, irrumpe y quiebra esta idea del encierro con la educación sexual, a pesar de las limitaciones de los aforos para reunión y justo cuando las políticas públicas sanitarias han fracasado en el ámbito de la sexualidad.

Es una experiencia que ha permitido entregar más de cuatro mil preservativos en pandemia. Han superado la capacidad de distribución de un centro de salud. Estamos frente a una respuesta eficiente ante una problemática urgente, que se intensificó en pandemia. También estamos hablando de una forma de cuidado que va más allá de las medidas socio sanitarias impuestas desde una cultura individualista; una práctica de cuidado a otros, otras y otras en el ejercicio de su sexualidad. Es una práctica de cuidado que, una vez más, nos demuestra cómo los feminismos pueden aterrizar y hacerse parte de una respuesta de gestión de las sexualidades, cómo podemos ejercer nuestros derechos sexuales, y cuidarnos entre nosotres. Los feminismos son un gran proyecto de transformación capaz de subvertir cada momento.

Efectivamente las acciones feministas han buscado dar respuestas a problemas que no son tema para otras personas que no sean las mujeres: la sexualidad, la intensificación de violencia de género intrafamiliar, entre otras cosas. También lo que hemos encontrado en la investigación que llevamos desde la Escuela de Sociología es que efectivamente las mujeres se apoyan entre ellas y buscan cubrir los grandes vacíos de bienestar y seguridad social que tiene el actor gubernamental. Hay una rabia que impulsa esto, pero también hay un cuidado, de acogerse y apoyarse, se habla del “apañe feminista”, del apoyo que se puedan brindar entre mujeres, entre gente que está en la misma sintonía de cuidarse y de garantizarse cosas que son mínimas para la subsistencia humana, para la sostenibilidad de la vida. Ahí hay un eje transversal a las iniciativas observadas.

Para ir cerrando estas reflexiones, ¿les interesaría plantear algunas interrogantes o aspectos que pueden seguir discutiéndose en torno a lo que hemos estado conversando?

GLORIA: Sí, me quedo con una pregunta que circuló por aquí, en uno de los comentarios: ¿qué es lo doméstico? Creo que ese ha sido uno de nuestros desafíos como mujeres y como feministas, llevar de alguna forma lo doméstico al ámbito público para que le otorguemos el valor que realmente tiene, valorar al trabajo de las mujeres al interior del hogar, sobretodo en estos tiempos, en términos de cuidado. Creo que ese es nuestro reto, que se reconozca socialmente este trabajo, que se reconozca su valor económico, su valor social, sobre todo, que las propias mujeres seamos consciente que son acciones que producen valor y que aprendamos a darle su lugar.

YANINA: Sólo quería acotar lo que leí hace un tiempo: “la economía no es neutral en términos de género”, y claro que es así; tanto las ciencias económicas como las políticas económicas no reconocen los impactos diferenciados de ciertas medidas en hombres y mujeres, ni superan la ya tradicional división sexual del trabajo. Esta dicotomización entre el trabajo reproductivo y no reproductivo es algo que tenemos que seguir cuestionando. Finalmente, cabe seguir la problematización de los cuidados.

ANA MARÍA: Tenemos que aprender de las experiencias que han desarrollado las mujeres y los movimientos feministas. Hoy hemos puesto en la agenda pública nuestros temas y, en ese sentido, tenemos que hacernos cargo. Tanto investigadoras como activistas feministas podemos dialogar en torno a la acción colectiva que podemos levantar. Estamos transitando por un proceso histórico a nivel país que requiere estos diálogos, porque nuestra experiencia tiene la capacidad de desbordar todos estos procesos académicos y políticos.

Estos temas adquieren relevancia, sobre todo, en el proceso constituyente que actualmente estamos viviendo, donde resuenan voces feministas que demandan políticas de cuidado, que reivindican la visibilización y el reconocimiento del valor que producen las acciones que buscan sostener la vida; no solo un valor económico sino también social, simbólico. Hablamos de un trabajo invisibilizado, subvalorado que, no obstante, sustenta las otras ramas de la economía, la política y la sociedad misma.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alonso, C. (2020). Más carga para la mujer: estudio reveló que casi el 40% de los hombres destinó 0 horas a la semana en actividades como cocinar, limpiar o lavar ropa. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/pulso/noticia/nada-ha-cambiado-en-cuarentena-los-hombres-aportan-muy-poco-tiempo-a-labores-del-hogar-el-cuidado-de-los-hijos-y-su-educacion/73MAHJEYE5AVXOVT-QNJNUOAZSA>

Hartung, A. (2020). Programa Saludable Mente: 'El 67% de las consultas a Hospital Digital las realizan mujeres'. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/paula/programa-saludable-mente-el-67-de-las-consultas-a-hospital-digital-las-realizan-mujeres/>

Leiva, M. (2020). Comunidad Mujer: El 88% de las mujeres que perdió el empleo no volvió al mercado laboral. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/pulso/noticia/comunidadmujer-el-88-de-las-mujeres-que-perdio-el-empleo-no-volvio-al-mercado-laboral/YJCW3H5XSVG-Q7MYMBKJCWSVMKY/>

Sepúlveda, P. (2020). Preocupación, angustia y miedo: las emociones predominantes en el retorno al trabajo post cuarentena. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/que-pasa/noticia/preocupacion-angustia-y-miedo-las-emociones-predominantes-en-el-retorno-al-trabajo-post-cuarentena/KATMQYZS35EGPFB5OKIXCNYTM>

Syrikova, T. (2020). La pandemia ha agravado la desigualdad de género: mujeres tienen doble de trabajo y más precario. *BíoBíoChile*. <https://www.biobiochile.cl/noticias/sociedad/debate/2020/08/12/la-pandemia-ha-agravado-la-desigualdad-genero-mujeres-tienen-doble-trabajo-mas-precario.shtml>



COMUNIDADES, RELIGIÓN Y ESPIRITUALIDAD

Entrevistador: Francisco Letelier Troncoso¹⁴

*Entrevistados: Guido Gossens¹⁵, Marcelo Correa Schnake¹⁶,
Paz GobindeRavi¹⁷ y Víctor Fernández González¹⁸*

Para intelectuales tan diversos como Carl Jung, Edgar Morin, Hans Joas y Margaret Archer, entre muchos otros, la espiritualidad y lo religioso son parte de lo que constituye lo humano, y como tal, no puede desconocerse su papel en la historia, en el presente y en el futuro de la humanidad. Tal vez es esta la razón de que la sociedad moderna, racional y científica, no produjera –como algunos esperaban– su desaparición. Esta permanencia, que es también revalorización, tiene caras diversas. Por un lado, están los fundamentalismos y los conservadurismos, que intentan hacer de lo religioso el eje organizador de toda la vida social. También está el individualismo-hedonismo presente en algunas versiones de las nuevas espiritualidades, que produce una especie de “escapismo de lo social”. Pero también, en el contexto de las críticas y discusiones sobre el post desarrollo, especialmente desde América Latina, se ha considerado el valor de la espiritualidad en los procesos de transformación social y de búsqueda de alternativas a la crisis civilizatoria o de los modos de vida actuales que promueve el capitalismo. En este contexto, conversemos sobre tres preguntas ¿Qué entendemos por espiritualidad? ¿Cuál es el lugar de la dimensión espiritual en la sociedad actual? ¿En qué medida la espiritualidad puede contribuir a la transformación social y civilizatoria?

14 Académico de la Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

15 Diacono, sociólogo, teólogo, hijo ilustre de Talca. Obtuvo la nacionalidad chilena por gracia en 2016, trabaja en la pastoral carcelaria, y es un luchador incansable por los derechos humanos.

16 Doctor en Teología, Académico de la Facultad de Ciencias Religiosas y Filosóficas de la UCM, especialista en bioética.

17 Madre de tres, abuela de uno, doula terapeuta, diplomada en Ayurveda, profesora de kundalini yoga, locutora de Radio Primavera, directora de Langar Talca.

18 Sociólogo, doctor en Estudios Americanos, estudia las comunidades evangélicas y ha participado en ellas; actualmente trabaja en el programa de intervención comunitaria de la Universidad de Las Américas.

MARCELO: “Espiritualidad” es un concepto que se ha debatido bastante y se ha ampliado. Inicialmente –no muchos años atrás— lo entendíamos como sinónimo de religión, sin embargo, en estos últimos años ha llegado a expresar las distintas manifestaciones del encuentro con el significado de la vida, con el sentido, lo trascendente. De este modo, hoy estamos ante un concepto que nos permite abarcar una amplia gama de comprensiones en relación a estas experiencias, que va desde el encuentro personal con una realidad distinta a nosotros –como un Dios— a la comprensión del sentido de la existencia que tiene fundamento en una conciencia libre.

PAZ: El ser humano tiene muchas dimensiones. La que más conocemos es la dimensión material (nuestro cuerpo, nuestra existencia), pero también hay una dimensión espiritual, que abarca el desarrollo del sentir, del pensamiento y de la conciencia del ser humano. Esta dimensión espiritual está incluso reconocida en la Constitución, pero pasa lo que decía Marcelo –ahí estoy muy de acuerdo— que se tiende a reducir la espiritualidad a la simple práctica de alguna religión, y esto ha sido así por miles de años. Creo que las religiones tenían una buena intención: enseñar o difundir herramientas para nuestra realización espiritual, una intención que se fue desvirtuando con el tiempo. Pero ahora, el mundo ha entrado en una conciencia nueva y ha creado un patrón de pensamiento distinto, en el cual, antes de simplemente dar por hecho lo que escuchamos, descubrimos que tenemos la capacidad para discernir que la espiritualidad es un camino personal y que tiene que ver con nuestra historia particular, con nuestros orígenes. Es en este camino donde descubrimos que la religión no es el único mecanismo para alcanzar la realización espiritual, que hay muchas herramientas que están a nuestro servicio.

VÍCTOR: No sé si puedo hablar en nombre de la sociología, sin duda no puedo, pero como para ponerle un sabor más sociológico, diría que la espiritualidad es el fenómeno religioso desanclado o desacoplado de la institución de la Iglesia. Ahora, esa tensión entre el fenómeno de lo religioso –o del encuentro con lo sagrado— y la institución que lo trata de contener, es bastante antigua. Hace poco estaba leyendo una frase del teólogo protestante Karl Barth, que cita Phillip Yancey en su libro “El Jesús que nunca conocí”: “Jesús confiesa su divinidad, su condición de mesías públicamente en el momento de la más absoluta derrota (...), confesó su divinidad cuando ya había pasado el peligro de que pudiera fundar una iglesia”. Es muy divertida esa frase. En la sociología, este concepto del desanclaje de la institución es más antiguo de lo que uno piensa. Luckmann hablaba de la religión invisible, de la privatización de la religión, que cada cierto tiempo vuelve bajo una forma de novedad, como las nuevas espiritualidades. Pero es un fenómeno que se repite cada cierto tiempo, porque el tema está en que las instituciones tienden también a sobrevivir o a revivir, sobre todo si uno las entiende como una forma menos ligada a lo organizacional y más vinculada a la práctica que perdura en el tiempo. Entonces, estas prácticas espirituales, que en un momento se desanclan o buscan desanclarse de la institución, vuelven a institucionalizarse de forma más débil.

¿Pero no es la espiritualidad un resabio pre moderno?

VÍCTOR: En la discusión sobre la modernidad se entendía así. Cuando yo estudié el tema pentecostal aparecía como una especie de rémora que iba a quedar. Los fundadores de la República la llamaban así y no, no pasó. La religión o la espiritualidad podría decir lo que decía Mark Twain: los rumores sobre mi muerte han sido grandemente exagerados.

GUIDO: La espiritualidad es la motivación más profunda que uno puede tener para asumir la vida. Es algo que colorea todo tu ser y quehacer. Tiene que ver con una toma de conciencia y una experiencia de que hay un gran “misterio” que nos envuelve. Siempre me han hecho mucho sentido estas palabras de San Pablo en su discurso a los griegos en Atenas: “el Dios que hizo cielo y tierra y todo lo que hay en él no está lejos de ninguno de nosotros, ya que en Él vivimos y nos movemos y existimos. Como dijeron algunos poetas de ustedes somos de la raza del mismo Dios” (Hechos 17,24.28). Y es algo que atraviesa toda la historia de la humanidad, esa necesidad que tiene el ser humano de sentirse con un valor absoluto o esa experiencia que nos hace estar unidos a un “todo” más trascendente de lo que es la fugacidad de la vida y la precariedad de la existencia cotidiana. Entonces, para mí, la espiritualidad tiene que ver con esa apertura al “misterio” que me rodea y me habita; es descubrir que la vida es un don que recibimos, pero a la vez incluye una tarea, un llamado para ir superándonos personalmente, crecer, y para comprometernos con el crecimiento de otros, como persona y como comunidad.

Me vine de Europa a Chile porque aquí en América Latina, entre los años 60 y 70, la Iglesia y los cristianos estaban manifestando masivamente una nueva espiritualidad, un nuevo modo de seguir a Jesús: caminar y comprometerse con el pueblo pobre y su liberación. La fidelidad al Evangelio implicaba luchar como Jesús por el Reino. Esta visión surgió en el contacto con el momento histórico que atravesaban los pueblos latinoamericanos y por un descubrimiento más nítido y profundo del Jesús histórico –verdadero hombre—, ubicando su praxis y enseñanza en el contexto socio-político, económico y religioso de su tiempo. Lo central ya no giraba en torno a la devoción, por ejemplo, al Sagrado Corazón, que presentaba a un Jesús a-histórico, más etéreo, invitando a una relación más intimista o individualista. Esta nueva espiritualidad estaba conectada con el Jesús que “se la jugó” por los demás, que cuestionó radicalmente el templo, la ley de Moisés y sus representantes oficiales y se centró completamente en la atención al prójimo, especialmente al desvalido, al pecador, al enfermo, al excluido y menospreciado. Muchos, en el viejo continente, quedamos impresionados por este movimiento de cristianos que se comprometieron con la transformación de las situaciones de injusticia en América Latina. Quise conocer más de cerca ese movimiento e interiorizarme de esa espiritualidad que se generó en este continente y perdura hasta hoy, a pesar de los contratiempos.

Esta referencia a un hecho de mi historia personal puede servir para destacar que lo espiritual no es algo que nos aparta de la realidad material, corporal y terrenal, como se encuentra en los filósofos griegos. Para los hebreos y los judíos el “Ruaj” (Espíritu, Soplo) es la vida en todas sus dimensiones y el pecado es la muerte, la no-vida. Espiritual es todo lo que aporta a crear o desarrollar vida verdadera. La vida, según el Espíritu, humaniza. Recordándome de una formulación

del papa Pablo VI en su carta "Sobre el desarrollo de los pueblos" (N° 20-21), se puede decir que todo lo que contribuye a crear condiciones de vida más humanas, es vida según el Espíritu y todo lo que deteriora lo humano en nosotros y entre nosotros es no-vida, es el anti-reino.

Hay algunos autores que dicen que las nuevas espiritualidades, menos institucionalizadas, tienden en algunos casos a ser muy individualistas e incluso algunos dicen que se transforma en una espiritualidad de mercado. Paz, ¿cuál es tu experiencia con esto en el ámbito en el que tú te desenvuelves?

PAZ: Creo que la corriente de pensamiento más individualista era más bien de la era pasada, una tendencia a desconectarnos del "ser infinito", que es parte del todo, del universo, de la naturaleza. Si pensamos en nosotros como seres mamíferos, entonces somos parte del universo, tenemos sus elementos dentro de nosotros, en nuestro cuerpo material. Cuando uno constata esta integración de la mente, el alma y el espíritu con el cuerpo físico, entiende que lo humano conlleva esa conciencia; es la conciencia individual, desde mi punto de vista y desde el kundalini yoga. Quiero seguir, además, los pasos de Guido y aludir una breve cita que explica esto mejor de lo que lo explicaría yo. Es un capítulo de Humanología, un libro de maestros. Yo soy profesora de kundalini yoga y hablamos de esta integración, en la práctica viva. Lacita dice que hay que cuidar de la faceta espiritual de tu vida al unirse con otros para experimentar y elevar tu ser, el grupo y el universo. Cuando una persona no tiene y no desarrolla la fuerza de la conciencia individual hacia la conciencia grupal, no puede lograr la experiencia final de la Conciencia Universal. Siempre existirán barreras. Falta de conocimiento, falta de un maestro, ego, miedo y karma; todas son barreras. Estas barreras mantienen a una persona limitada. El desarrollo de la conciencia grupal hacia la experiencia del Infinito es el puente a la Conciencia Universal. Esto libera al ser ilimitado y satisface el anhelo espiritual.

Esto, aterrizándolo a un ejemplo práctico, es cuando mi conciencia individual se despierta y dejo de sentirme un individuo separado del todo. Luego, empiezo a sentir que también hay cosas que insultan mi alma y la de otros; o que quiero ser un aporte en algún grupo, y me uno con otros para experimentarme, para conversar, para compartir, para practicar, por ejemplo, yoga. El yoga es eso: es la integración de todos los principios del ser humano, y por eso, creo que es replicable en cualquier parte del mundo, cultura, clima, lugar, en cualquier idiosincrasia. Es aplicable porque nos une con ese ser infinito que somos y lo pone al servicio de otros.

¿Cómo dialogan estas espiritualidades con los problemas de la sociedad? Por ejemplo, con las injusticias.

PAZ: Hay corrientes de pensamientos y prácticas, más bien del tipo *New Age*, que desanclan esta correlación de las cosas e incluso, en algún momento, culpaban al individuo de no poder tener los privilegios que tienen otros, ligándolos a una desconexión, una falta de energía, un desequilibrio; como si el individuo tuviese la culpa, sin reconocer, por ejemplo, la desigualdad social que

se ha visto en esta pandemia. ¿Cómo podríamos desapegarnos y no llevar la espiritualidad a las personas, si es donde vivimos? Yo, los practicantes, la gente que tiene esta conciencia social, queremos hacer algo, y ese hacer va desde acciones individuales hasta acciones grupales, es decir, va en conexión con los dolores del resto: dejo de velar por mí mismo y me pongo al servicio de los demás y el colectivo, del territorio en el que estoy, del barrio, etc. Si tú crees tener una conciencia activa, una espiritualidad desarrollada y quieres que tenga un efecto real, hay que tomar acción, y puedes elegir el escenario en el que se hace esa acción. Se puede partir desde uno mismo, luego en el entorno, el hogar, y después ves cuánto la quiere expandir. Pero, claramente, hay que expandirla; yo no puedo ver al prójimo y quedarme sólo con eso, con la ilusión de ser solidario, de que me duele algo que pasa en la sociedad: si no hago nada, estoy dentro de la desconexión de la que hablábamos.

Marcelo, uno tiende a pensar que los católicos están más llamados a construir comunidad. ¿La espiritualidad católica invita a las personas a vivir una espiritualidad relacional conectada con el entorno más allá de ellos?

MARCELO: Se comprende lo que es esta vida íntima de encuentro con Dios solo con los otros. Es imposible el encuentro con Dios si no es a través y con otras personas, de hecho, la fe –Pablo nos dice— llega por la palabra que otros anuncian, tanto Dios, como un ser humano o la naturaleza. El otro no es secundario, no es alguien que viene a alegrar o a complementar, es central. Las palabras de Jesús en eso son muy claras: cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, ahí estoy yo. En los más pequeños, los más débiles y vulnerables es donde vas a encontrar con más claridad el rostro de Dios. Esto tiene también un sustento antropológico, no es solo una cuestión de manifestación de verdades religiosas, ya que no podemos desarrollarnos como seres humanos si no hay otros que están con nosotros, que se relacionan para que existamos, que se vinculan para cuidarnos y sostenernos, para entregarnos un apego seguro cuando somos niños, para desarrollar una conciencia que sea libre, etc. Necesitamos de los otros y los otros necesitan de uno, es decir, no es solo que seamos carentes, que se nos entregue algo para ser, sino que nosotros requerimos dar también de lo que somos. Una espiritualidad individualista –como hacía mención Guido hace un momento— se vio con mucha fuerza en el siglo XIX, con la preocupación por la salvación individual. Incluso en la teología, lo que vemos es que nadie recibe el don de la fe para que se salve, lo recibe para anunciar esa fe, para compartirla, para enviarla a otros. En ese sentido, Dios no escoge a este para salvarlo porque es bueno o porque es privilegiado, sino que representa un emisario o un puente para que se puedan encontrar, a través de él, Dios con los demás. El concepto clave en teología católica es el concepto de encuentro.

Este conversatorio se sustenta en la idea de que es necesaria una transformación en las propias ciencias sociales para mirar lo espiritual. No podemos solo asumir que lo espiritual es un resabio pre-racional, mágico, o solo un equivalente funcional para la cohesión o la reproducción de las normas, etc. En este sentido, hoy día algunos hablan del giro ontológico, es decir, de la necesidad de preguntarse no solamente qué es lo que podemos

conocer, sino también qué es lo que hay allí afuera por conocer. Entonces, Víctor, ¿cómo se vive? ¿Cómo se piensa? ¿Cómo se siente esto de estar en las ciencias sociales, de ser sociólogo, de tener que hacer investigación académica y además practicar una fe?

VÍCTOR: Es bien entretenido, es muy divertido. Creo que hay una cuestión que podría llamar como el problema de la frontera –para darle un nombre— y es que uno piensa en oposiciones como pensaban los griegos: arriba-abajo, adentro-afuera, etc. y la sociología se funda en esa oposición, porque es la matriz de pensamiento moderna del siglo XIX, que nace haciendo una escisión en la realidad. Charles Tilly dice que la forma de pensar del siglo XIX pesa sobre nosotros como una pesadilla y hay que escaparse de ella. Creo que conceptos como el de espiritualidad intentan –a mi juicio— salvar un poco esa disyuntiva, no verla como un dilema, como un tema de oposición ontológica a raja tabla sobre la cual no hay nada que hacer: hay conceptos que te permiten salvar eso. En la sociología, y en particular en la sociología latinoamericana, hay conceptos que sirven para salvar esa distancia, esta oposición entre la razón y la fe, entre el pensar y el hacer. Tenemos a gente como Fals Borda, que propone el “sentipensar”, y un amigo mío –quien estuvo haciendo una arqueología— me decía que eso surgió de la conversación de Fals Borda con el sacerdote y guerrillero Camilo Torres.

Si tú quieres que ponga una cuestión más biográfica en la mesa, yo justamente llegué a la sociología por inquietudes sociales y ambientales, y habiendo decidido ese camino tuve un “encontronazo” con Dios. Hubo un momento en donde yo intento salvar eso que entendía como una distancia, hasta que me di cuenta que no existía esa oposición y que había cuestiones que dialogaban, otras que se contradecían, porque uno no entiende todo y va caminado; pero al explorar en los orígenes de la sociología hay mucha reflexión sobre lo religioso, sobre estas cuestiones más bien espirituales, hay sociólogos que han vivido su fe sin mayor problema. El problema se disuelve un poco cuando uno deja de pensar es esas oposiciones y, en mi caso personal, el encuentro posterior con las metodologías participativas –que tienen un fundamento epistemológico— también ayudó en ese camino. Pero, cada cierto rato, uno retrocede y se encasilla en esos dilemas y no tendría por qué ser así. El mismo fundamento cristiano –en mi caso— resalta esa oposición, el Evangelio se funda en dos principios que los griegos veían opuestos (el espíritu y la materia) y te dice que el verbo, el logos –aquello que estaba arriba- se hizo carne. Jesús resucita con un cuerpo y después se va a comer pescado con los discípulos, entonces, esa oposición de pronto es menos real de lo que uno piensa.

MARCELO: Lo que señala Víctor, sobre el dualismo en que se ha fundado el pensar occidental, ha atrapado de alguna manera la espiritualidad en conceptos muy limitantes y que impiden su desarrollo en formas más armónicas. Pero lo relacional es lo que prima en el cristianismo. Justamente, la acción de Jesús es hacer ver en el mundo judío esas incoherencias de su tiempo, mostrando que hay un vínculo mucho mayor de la voluntad de Dios. ¿Por qué todas esas normas que tenían? Era para cumplir y asegurar esa voluntad de Dios: quienes la cumplieran, por lo tanto, se salvaban. Pero se perdía lo esencial, el espíritu de esa norma, esa acción consciente

y libre con los más desposeídos, con la justicia, con la verdad, que es lo que padece Cristo en última instancia. Él sufre todas esas consecuencias, y ahí muestra que lo relacional es lo central y no estas distinciones que, si bien pueden ayudar en ciertas comprensiones, no fundamentan el encuentro entre las personas, consigo mismo y con la divinidad.

PAZ: En la era pasada había un desarraigo de esta comprensión: que todo es un flujo, es decir, venimos a la vida y la muerte no es antagonista de la vida, que no está el bien y el mal, no es el cielo y el infierno. Astrológicamente, la dualidad era una de las características de la era de Piscis: el materialismo, la competencia, los extremos, la polaridad, la desconexión del ser humano desde su ser. Ahora estamos en la era de Acuario, que es la era nueva, donde se han debilitado las estructuras y las historias que conocíamos como una única verdad. Hay pueblos originarios que tienen una cosmovisión bastante clara de esto que estamos hablando; por ejemplo, nuestro pueblo Mapuche tiene una intuición y una cosmovisión que han sabido mantener a lo largo de los años: ellos son parte de la naturaleza, el nacimiento es un proceso, un flujo divino, se protege a los niños, a la tierra; hay una materialización del ser espiritual, en todas sus dimensiones, no sólo de manera ritual, no sólo en algunas acciones concretas, sino que es vivir de esa manera, vivir como un todo.

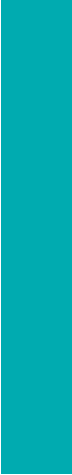
En otras corrientes de pensamiento, están los trece puntos del buen vivir, y creo que todo esto nos lleva más o menos a lo mismo: hay un paradigma nuevo que se instaló, que está creciendo, que se está abriendo y está creando un nuevo mundo. En este nuevo paradigma, la sanación, la vida política, la vida social, los dolores de la sociedad, todo es parte de algo que no se puede disgregar, de nuestra existencia como seres humanos.

GUIDO: Necesitamos un enfoque más integral. En esta dirección hay un joven teólogo, Pedro Pablo Achonado, con una propuesta bastante novedosa. Él habla de una iglesia híbrida, que da lugar a todo tipo de espiritualidades, donde hay un lugar para toda la lucha por el medio-ambiente —¿qué vamos a hacer en dos generaciones más, si no hay vida? —, donde también se integran la acción feminista, las nuevas formas de tecnología, etc. La pregunta es: ¿cómo estar abierto a todos los fenómenos que van apareciendo en la actualidad?

MARCELO: Estamos en un tiempo muy crucial para la humanidad y no sólo por esto de la pandemia: vamos tomando conciencia, como sociedad, que tenemos un sistema tremendamente abusador y opresor, y no extraña que la Iglesia esté entrampada en este abuso de poder, de conciencia, sexual. Desde un punto de vista creyente, es un tiempo especial que se le denomina “Kairós” y esto tiene que pasar para que podamos madurar, crecer y no quedarnos pegados en estructuras, que pudiesen haber ayudado en su momento, pero que ahora ahogan la espiritualidad. Se necesita creatividad, apertura y valentía para hacer, por ejemplo, lo que hacen Guido y Paz: buscar, preguntarse. No tenemos por qué quedarnos con lo de siempre, ser sociólogo y creyente a la vez es tremendamente relevante hoy en día y ojalá lo tomemos en serio y podamos caminar en eso.

PAZ: Cuando uno tiene un guía, maestro, o alguien que te está apoyando en esto, puede constatar esa dimensión espiritual y sentir eso que decían las antiguas escrituras: que el reino de los cielos estás dentro tuyo y en todas partes. Entonces, siempre hay algo por lo que agradecer, siempre hay algo que nos hace vivir más conectados con el presente, porque la espiritualidad va muy de la mano con la conciencia, y la conciencia es poder constatarlos aquí, en el presente. Poder respirar ya es un milagro cada día –no sólo en pandemia, siempre—, entonces, esa conexión es importante encausarla. Generar estos espacios de conversación es buenísimo.

VÍCTOR: Los procesos de transformación son también espirituales, pero hay que tener cuidado de no pensarlos solamente desde ese código espiritual, porque a nadie tampoco se le oculta que dentro de esto hay formas que son autoritarias y opresivas, que terminan reproduciendo estructuras de injusticia, aliándose más con el poder que con los oprimidos. Por lo tanto, si uno entiende que los procesos de transformación son espirituales, pero no solamente espirituales, entonces, implican una especie de espiritualidad de la humildad: que entiende que no tiene todas las respuestas, que tiene que dialogar con otros, que el espacio público es otro distinto al eclesial y tiene que saber hacer ese tránsito. Pienso que uno de los grandes problemas que uno observa cuando estudia, por ejemplo, los movimientos evangélicos o fundamentalistas, tiene que ver con eso, con confundir esos planos. Entonces creo que la invitación es –habiendo conversado esto— ponerlo en diálogo con otras formas para aportar a los procesos de transformación y siento que hoy en Chile estamos en un momento crucial. Entonces la invitación siempre es a meterse, a implicarse, a pensar, aprender, equivocarse, etc.



INICIATIVAS COMUNITARIAS TRANSFORMADORAS, NUEVAS PRÁCTICAS ECONÓMICAS Y DE CONSUMO

Entrevistadora: María Haydée Fonseca Mairena¹⁹

Entrevistados: Eduardo Letelier Araya²⁰,

Alejandro Marambio Tapia²¹ y Julien Vanhulst²²

En primera instancia, invitamos a los participantes del conversatorio a comentarnos sobre los proyectos de investigaciones que están desarrollando y cómo, desde ahí, se han acercado a temas relacionados con las iniciativas emergentes para la sustentabilidad socio-ecológica y el desarrollo alternativo.

EDUARDO: Con un equipo de colegas de la Universidad Católica del Maule, de la Universidad de Concepción y de la Universidad de Playa Ancha, estamos implicados en un proyecto que aborda la creación y la gobernanza de bienes comunes. En general, cuando las personas piensan en la economía, creen que solamente se trata de actividades privadas, actividades con lucro que no tienen nada que ver con la gestión del bien común. Lo que estamos viendo en este proyecto es

19 Académica de la Escuela de Ingeniería Comercial, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule (UCM). Investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

20 Académico de la Escuela de Ingeniería Comercial de la UCM. Ingeniero comercial, Economista de la Universidad de Chile, Magíster en Economía de Recursos Naturales y Medio Ambiente, Universidad de Concepción, con estudios de doctorado de Economía Social de la Universidad de Mondragón (País Vasco, España). Sus áreas de investigación son el desarrollo económico local y la economía social y solidaria.

21 Académico de la Escuela de Sociología de la UCM. Licenciado en Comunicación Social por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Comunicación Pública y Magíster en Sociología de la Modernización, ambos por la Universidad de Chile. Doctor en Sociología por la Universidad de Manchester (Reino Unido). Sus áreas de especialización son el estudio social de la economía, la sociología del consumo, y el estudio de la estructura social.

22 Académico de la Escuela de Sociología de la UCM. Sociólogo por la Universidad Libre de Bruselas (Bélgica), Magíster en Ciencias y Gestión del Medio Ambiente, Doctor en Ciencias Ambientales y Doctor en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado. Co-fundador y miembro del comité editorial de la revista abierta "Alternautas". Sus áreas de investigación se vinculan a la sociedad y el medio ambiente, la sustentabilidad, el análisis del discurso, la sociología de las ciencias y otras economías.

que una diversidad de bienes comunes son la base que sustenta a muchas actividades económicas. Podemos pensar en el turismo, que depende de una playa o de un bosque bien cuidados; o en la apicultura, que depende de zonas de pecoreo de las abejas. Si estas zonas se destruyen, afectan a todos quienes dependen de ese recurso. Estamos trabajando sobre ese tipo de análisis en particular: la creación y la gobernanza de bienes comunes que sustentan diversas actividades económicas en la Región del Maule.

Vemos también que la destrucción o crisis de estos comunes genera preocupación al interior de las comunidades locales, lo que deriva en su activación. Una activación en clave de qué derechos tengo yo sobre este tipo de recursos o bienes, lo que resulta esencial para proyectar la sustentabilidad de estas actividades económicas.

Pensamos en la relación íntima entre el turismo y la calidad del medio ambiente, que es un bien común que no le pertenece a nadie en particular y que, a la vez, afecta a todos. Estamos analizando cómo las comunidades se organizan para defender, gobernar, gestionar estos bienes comunes, y qué conflictos y tensiones están enfrentando hoy día, particularmente, en un contexto que prioriza la propiedad privada. Esto lo vemos en el caso del agua, un bien esencial del cual dependen todos y que hoy en día está sujeto a mucha presión. Lo vemos también en el caso de los incendios forestales, un mal común que afecta la actividad económica en gran parte de la región. También lo estamos viendo en términos del cambio climático y de la biodiversidad. Por dar un ejemplo, hoy día se han puesto de moda y han sido revalorizadas una serie de cepas de vino tradicionales. La cepa País, en particular, comienza a ser considerada como un patrimonio colectivo. Estamos en esos temas, tratando de apoyar los esfuerzos que las comunidades locales están desarrollando para dar gobernanza y sostenibilidad a estos bienes comunes y, por lo tanto, también a sus propias iniciativas particulares.

ALEJANDRO: Yo estoy trabajando en un proyecto que partió hace poco, durante este año 2021. Mi tema está relacionado con iniciativas vinculadas al consumo, que primordialmente es considerado como una actividad meramente económica, como comprar algo. Sin embargo, esto también suele estar vinculado con una crítica a la sociedad, a través de un concepto de uso bastante común, como el consumismo. Por otra parte, el consumo ha sido vinculado con una suerte de expresión de identidad. El corolario de todos estos conceptos me hizo pensar: ya que el consumo parece ser algo sustancial en la sociedad actual, ¿qué hay más allá? Entonces, me interesé en estudiar en qué está realmente el consumo ahora. ¿Qué podemos decir más allá de los aspectos que acabo de mencionar?

El consumo está presente en otro tipo de cuestiones, quizás no solo como expresión de identidad, sino también en ámbitos muy comunes y corrientes, como el consumo de energía. También está presente en la crítica a cómo se vive en sociedades reconocidas por su precariedad, ¡y vaya que hemos reflexionado sobre eso en Chile en los últimos dos años! No porque ahora nos transformamos en una sociedad precaria, sino más bien porque empezamos a tematizar mejor estos asuntos que ya existían.

Por otro lado, el consumo se vincula bastante a otros conceptos asociados con la sustentabilidad. Por ejemplo, actualmente escuchamos sobre el consumo responsable, que me gustaría criticar y poner sobre la mesa, porque es un concepto que principalmente nos responsabiliza a nosotros mismos de los problemas socioambientales. En el fondo, este concepto nos dice que debemos consumir responsablemente, porque es a través de nuestras acciones individuales que va a cambiar la situación en la cual nos encontramos. Eso deja fuera a los responsables institucionales, que son principalmente las empresas y los estados. También deja fuera los asuntos estructurales que nos llevan a comportarnos de esa manera. Entonces, lo que trato de hacer en mi proyecto es centrarme en cómo el estudio del consumo puede ser visto más allá de una mirada material, pensándolo como un concepto que merece ser analizado desde un punto de vista político. Este es el punto central de mi proyecto de investigación: el consumo no sirve sólo para hacerse de bienes materiales y/o no sólo para expresar identidad, sino que nos abre una mirada más política. Nos permite decir cosas, hacer cosas, significar cosas, desde un punto de vista político.

JULIEN: Para comenzar, quería señalar que, con Eduardo, Alejandro y Haydée, colaboramos en distintas vertientes de los proyectos mencionados anteriormente. Es importante recalcar el trabajo colaborativo que hemos construido en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, un espacio para pensar estas otras economías, otros desarrollos, otros consumos. Lo que se está logrando es un diálogo multidisciplinar que es necesario para mirar estos fenómenos emergentes. En particular, mi proyecto lleva por nombre “¿Sostener lo insostenible?” y asume que estamos transitando por un periodo llamado Antropoceno. A la luz del Antropoceno, se entiende que el ser humano está transformando las condiciones ambientales de existencia y la consecuente crisis civilizatoria tendría que ver con esta situación. El proyecto propone entender el tipo de respuestas que se han configurado en Chile, tanto a nivel macrosocial (de las políticas públicas, de las normas) como a nivel microsociales (de las prácticas y de la vida cotidiana, incluido el consumo). En ese proyecto colaboramos con Alejandro en mirar ciertas pautas de consumo, y cómo estas se condicionan, o no, con las condiciones de existencia, de sustentabilidad. Me aproximó a este proyecto desde la hipótesis de la simulación, que plantea que las respuestas que se están configurando frente al Antropoceno, frente a la crisis socioambiental, no son suficientes, sino que están desfasadas con el diagnóstico de cambios sociales sin precedentes y de la identificación de sus causas.

El diagnóstico y la identificación de sus causas parecen estar siempre más claras y más aceptadas. Sin embargo, no vemos aún el tipo de respuesta necesaria para poder superar esta crisis. Desde hace un tiempo, uno se pregunta si realmente todavía se puede hablar de crisis, porque si no se termina, es una condición. Parece que el cambio climático no se va a resolver, entonces, ya es una condición con la que tenemos que vivir. En el contexto de este proyecto de investigación, que quizás puede sonar pesimista, planteamos, en una de las últimas etapas, dar cuenta de iniciativas para la sustentabilidad que suponen construir otra economía, otros valores, otros modos de vida, otras formas de producción y de consumo, otras relaciones sociales, y otras relaciones con el medio ambiente, que apuntarían a construir la sustentabilidad.

Vemos que muchas de estas iniciativas comunitarias y económicas surgen, o resurgen, en momentos de crisis. Lo estamos viendo ahora con la pandemia por COVID-19, pero también podemos entender las crisis de forma general, como un momento de tensión donde brotan y quedan al descubierto ciertas injusticias, ciertos límites. Entonces, en estos momentos, ¿cómo pueden generarse condiciones para que ciertas realidades salgan a la luz y, por lo tanto, generen nuevos contextos para la acción?

Esto lo podríamos graficar como un globo que se va inflando, al inicio nadie se percata de que hay más aire, pero hay un punto en que el globo está llegando a su límite y llama la atención. Entonces, en ese punto nos preguntamos, ¿por qué se llegó a tanto? ¿Qué pasó? Es un momento en el cual surgen nuevas preguntas, nos podemos replantear nuevos conceptos. En este escenario, ¿cuáles son sus reflexiones respecto a la relación entre momentos de tensión (o crisis) y estas nuevas formas de consumo? ¿Cómo cambian las aproximaciones a la gobernanza de comunes, a la sustentabilidad?

EDUARDO: Quisiera retomar la idea de que los bienes comunes se evidencian en el contexto de una crisis, porque mientras están ahí y todos se benefician de ellos, nadie se pregunta de dónde vienen, cómo se están usando, en qué intensidad. De alguna manera, “el golpe avisa”. La crisis es un detonante fundamental de la gobernanza de los bienes comunes. Cuando llega una empresa vitivinícola a Cauquenes y compra una cantidad de derechos de agua para poder establecer sus plantaciones, se instala a la cabecera de una cuenca y planta mil hectáreas de viñas de una sola vez, todo el mundo se pregunta de dónde va a salir esa agua. Pues la empresa va e instala un tranque para poder regar sus plantaciones, utilizando la cuenca. Cuando se instala una planta de elaboración porcina y empieza a generar el problema del olor, ese olor tiene varias consecuencias, incluso en el aroma del vino. Entonces, ahí aparece la pregunta. ¿Qué derechos tengo yo en relación a este bien común? La respuesta podría ser: el derecho a contar con aire limpio, o a contar con agua suficiente o con bosques nativos que proveen distintos bienes comunes.

En general, todos los procesos que estamos analizando tienen esa característica. Es la crisis la que da la señal de alerta en relación a los bienes comunes y eso genera una activación de las comunidades y en términos de politización, de plantearse acuerdos colectivos respecto a cómo gestionarlos. Evidentemente, eso está mediado por dinámicas de conflicto más o menos agudas. Es lo que uno observa. Un caso paradigmático puede ser la cooperativa Lomas de Cauquenes, histórica en la zona del Secano, que surge como resultado del terremoto del año 1938, cuando hubo que abordar el proceso de reconstrucción. Surgió la necesidad de una acción colectiva para reactivar la economía local. En este caso, ocurrió con apoyo del gobierno a través de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO).

Vemos lo mismo en el turismo, que es muy dependiente de la existencia de bienes comunes satisfactoriamente manejados. El problema del turismo es justamente cuando se descontrola y termina destruyendo los mismos bienes que le dan sustento. Cuando, por ejemplo, llegan “ma-

reas” de personas a la playa y dejan todo inmundado. Situaciones como esas hacen trizas el activo principal en el cual se sustenta la actividad turística. Muchos casos de esta naturaleza son los que estamos analizando y, justamente, la sustentabilidad pasa por la organización de las comunidades, que definen reglas de uso y las hacen cumplir. Para ello, se necesita que las reglas de uso sean legítimas y sean percibidas como justas por todos los participantes.

JULIEN: Con tu pregunta, Haydée, uno puede pensar que lo que estamos mirando es acción colectiva; reacciones frente a amenazas determinadas. En la línea de lo que presentaba Eduardo, puede suceder que haya otro actor que viene a aprovecharse de un recurso natural determinado, como el agua, y se detecte una amenaza que atenta contra el acceso a este vital elemento. Otro ejemplo podrían ser las acciones o articulaciones sociales frente a la crisis sanitaria. Uno podría suponer que las personas que se han articulado en estas acciones, podrían sustentar su lucha en valores como la justicia. Pero la pregunta es si estas luchas se limitan a una noción parcial de justicia, o si también apunta a las “patologías” más profundas que se evidencian en estas situaciones. La simulación es no cambiar, es luchar por la justicia democratizando ciertos espacios, pero sin transformar realmente las reglas del juego, el modo de hacer, de pensar, etc.

Entonces, ¿qué buscan las formas de lo político que emergen con estas nuevas acciones? ¿Democratizar el consumo? O, por ejemplo, en la educación u otros ámbitos que han sido reivindicados a propósito del estallido social, ¿qué se busca? ¿Poder acceder a lo que hay, o transformar la educación? Haciendo uso de la metáfora que nos proponía Haydée, a través de estas acciones, ¿queremos seguir inflando el globo?, ¿queremos repartirlo de otra manera?, ¿queremos tener una pequeña parte de este globo? o ¿queremos desinflar el globo? Esas son preguntas que me hago en relación a estas acciones que se autodefinen como sustentables o que participan en la construcción de los que entendemos por sustentabilidad. Identificando y reconociendo estas acciones podemos preguntarnos: ¿cuáles son transformadoras? ¿Cuáles logran una transformación, aunque sea una mínima?

ALEJANDRO: Primero, me remito a la pregunta inicial que nos propone Haydée. Efectivamente estamos en un momento de crisis, pero es una crisis sobre otra crisis y, a su vez, hay crisis parceladas. Cada esfera de la sociedad tiene su crisis particular. Para referirme al tema de lo político, retomo una lectura, que se maneja hace bastantes años, sobre una cierta desafección política por parte de la ciudadanía, que se entiende como un fenómeno a nivel global. No obstante, pueden identificarse algunas iniciativas que llamo de “consumo politizado”, que pueden tener distintos niveles de politización. Esto, entendiendo que el consumo es una cuestión axial de las sociedades contemporáneas, por lo que hay que prestarle atención para explicarnos algunas cosas.

Por otro lado, tenemos las formas convencionales de la política –partidos, elecciones, etc.— que están bastante desprestigiadas. Entonces, juntando esos tres ingredientes (relevancia del consumo, crisis global, desafección de la política representativa), derivamos en que, hipotéticamente,

te, habría prácticas –incluso organizaciones y redes— que tienen que ver con el consumo, que en realidad se constituyen como formas de algún nivel de participación y/o conciencia política. Me parece que habría que hacer esa distinción útil con respecto a lo que apuntaba Julien, en relación con que hay iniciativas que quieren integrarse a las reglas ya existentes o bien quieren transformar las reglas o cambiarlas por completo.

En este contexto, para mí, los nichos de mercado que se generan en torno al eco-consumismo o a las eco-innovaciones de mercado no son iniciativas de consumo politizado, sino más bien pueden tener ese ingrediente de simulación al que hace referencia Julien. Es casi aprovechar una tendencia dentro del mismo sistema. Esto es propio del espíritu del capitalismo contemporáneo, de mostrar una cara más “amable”. Por otra parte, a mi parecer, hay un abanico de acciones que pueden ser incluso hasta inconscientes, muy sumidas en la rutina, con la potencialidad de politizarse. Evidentemente, dentro de este espectro, hay iniciativas que tienen un perfil más amplio, como una organización consolidada, por ejemplo, una cooperativa de consumo. Distinguiría las cooperativas de consumo de las cooperativas de producción, para este caso, porque involucra un nivel de organización, un nivel de agencia, que expresa –a través de esos actos de consumo— una visión del mundo. No asevero que automáticamente todo esto sea una forma de expresión política, pero hay bastantes ingredientes en estas iniciativas de consumo politizado que son relevantes, considerando además que hay un montón de otras formas de expresión política que van en declive.

En el otro extremo, hay cuestiones que tienen que ver con situaciones mucho más cotidianas de nuestra vida. Volviendo a la idea de la sociedad de consumo, por ejemplo, el darse el trabajo y el tiempo de aprender y reparar algo, que antes podía ser un asunto bastante trivial, ahora es casi un acto de heroísmo. El reparar cosas que están roídas –que puede ser ropa, electrodomésticos— es ir en contra de la tendencia, en la línea de lo que estaba mencionando Julien. En vez de seguir haciendo girar la rueda del consumo, esto es ir completamente en dirección contraria. Entonces, ahí es donde quiero poner el ojo con mi proyecto, en cuestiones que van de lo doméstico a lo público. Este tipo de cosas empiezan a salir del ámbito pedestre, donde podrían haber estado inicialmente circunscriptas, y van transformándose, inspiran un meme o un eslogan político: “reparar es un acto de rebeldía”. En esa frase hay una lectura del momento político de la sociedad de consumo. Tenemos, por un lado, estos actos que forman parte de una visión de la economía circular –si lo ponemos en términos conceptuales— y, por otro, tenemos algo más organizado que evidencia un nivel de reflexión y de conciencia un poco mayor. Hay muchas cosas que están pasando en esa línea, algunas apuntarán quizás a resolver los grandes temas, pero hay otras que están recién partiendo y apuntan a resolver problemas más inmediatos. Eso es lo que me interesa ver en términos empíricos.

Me encantó esa frase: “reparar es un acto de rebeldía”, porque nos muestra que no solo estamos reparando aquello porque no podemos comprar nuevo, sino porque hay otras formas de hacer las cosas. Lo vemos bastante en las iniciativas de trueque, que no son

prácticas nuevas, pero en el contexto actual resurgen. Al respecto, las nuevas tecnologías y las redes sociales juegan un rol importante para facilitar la coordinación, masificación y viabilidad de muchas de estas prácticas comunitarias. Además, me pregunto: ¿por qué tiene que haber crisis para el desarrollo de estas iniciativas? ¿Por qué necesitamos crisis para hacernos las grandes preguntas? Tiene que ver con lo que estábamos hablando, de la conciencia política. También sucede que en momentos de crisis surgen iniciativas comunitarias y después se van apagando. Entonces, ¿cómo hacemos que estas acciones sean sostenibles y que más que resolver un problema coyuntural apunten a ser transformadoras? ¿Qué podemos hacer desde la academia, desde el gobierno, desde las mismas organizaciones comunitarias, para su sostenibilidad?

EDUARDO: A propósito de la pregunta, me gustaría compartir parte del trabajo que estuvimos haciendo en la zona de Sagrada Familia. Estuvimos discutiendo, con una cooperativa, cuáles son los bienes comunes que permitían sostener en el tiempo la actividad económica que ellos desarrollaban. Esto nos llevó a hacer un ejercicio de cartografía social, donde las propias comunidades dibujaron el territorio, identificando y descubriendo también sus bienes comunes, porque a veces es algo que está implícito. Aparecieron aspectos bastante interesantes. Por ejemplo, cuando hablamos de cómo gestionaban el agua, para ellos los derechos de agua no tenían sentido, porque hay muchos más derechos entregados que agua “real”. Entonces, comentaron que han tenido que ponerse de acuerdo en un mecanismo de uso para poder distribuir lo que existe.

Con la cooperativa Caupolicán desarrollamos un mapa a partir del análisis del territorio. Es un territorio donde hay plantaciones de cerezos, que conviven con plantaciones de monocultivo y con las zonas viñateras. Aquí pasaban dos cosas. Primero, el agua no era suficiente, era mucho menos que los derechos reconocidos. Por tanto, ellos habían creado un mecanismo propio. Es notable, porque evidencia cómo las propias comunidades se organizan frente a la necesidad de gestionar un bien común: se organizan, definen reglas de uso y van construyendo gobierno. Aspectos como estos toman importancia a propósito de la coyuntura constitucional actual.

En segundo lugar, a partir de la cartografía social, vimos que en el territorio había un problema vinculado a la aplicación de plaguicidas. Estas plantaciones de cerezo están en una zona de intenso uso de agroquímicos. Eso afecta la posibilidad de que cualquiera de estas viñas pueda tener algún tipo de reconocimiento de certificación orgánica o ecológica, afecta la calidad del producto que ellos están sacando.

La hipótesis del proyecto que estamos trabajando es que, por un lado, las comunidades, al hacer este ejercicio de diagnóstico y planificación participativa, son capaces de reconocer, valorar y gestionar estos bienes comunes. Además, dichas comunidades son capaces de proyectar este ejercicio básico hacia una escala territorial y pensar las transformaciones institucionales que se necesitan para que puedan ser gestionados en forma sostenible. Particularmente, estamos ha-

blando del Código de Aguas de Chile, que la privatiza; de la normativa ambiental, que permite el uso de plaguicidas; de la contaminación odorífera, como en el caso de Cauquenes; de los riesgos de incendio asociados a los monocultivos forestales, entre otros.

En la medida en que la organización esté aislada, atomizada, sin posibilidades de dialogar con otros, queda recluida al espacio doméstico o comunitario. Nuestra apuesta es cómo conectar estas experiencias con otras similares y construir plataformas que permitan poner en discusión la idea de lo que llamamos “diseños territoriales autónomos”, dando un paso más hacia dinámicas de institucionalización. Esto conecta con la coyuntura constituyente en la que estamos hoy. Para hablar de sostenibilidad, sin duda, tenemos que pasar por una dinámica de institucionalización de un alcance mayor y esa es la aproximación que tenemos en el proyecto.

JULIEN: Ante la pregunta sobre cómo se sostienen estas iniciativas y cómo pueden llegar a ser transformadoras, diría que es muy complejo. En el caso de las tres investigaciones son aspectos que estamos mirando, pero también asumimos un rol desde la academia, que busca implicar a los actores que protagonizan estas iniciativas, investigar con ellos; proponemos un diseño de investigación-acción participativa en los distintos proyectos. En el caso de las cartografías sociales, estas son una herramienta para visibilizar lo que está ocurriendo, las dificultades, las barreras para poder movilizar, para poder empujar o apoyar estas iniciativas.

ALEJANDRO: En el caso del proyecto de investigación que estoy ejecutando, el foco de estudio es en un nivel distinto. En el marco de la metodología, contemplo una encuesta que, seguramente, va a entregar datos más bien de carácter estructural respecto a las prácticas de consumo politizado y cómo estas se relacionan con otros factores culturales, sociales, económicos y demográficos. En ese contexto, me parece interesante jugar con la hipótesis de que es posible que surjan prácticas de consumo crítico politizado en contextos de necesidad. Está quedando demostrado en estos momentos de crisis, donde, por ejemplo, se observan prácticas de masificación del trueque, una práctica que va “por el costado” de las lógicas de mercado. Claro que podemos discutir cuál es el nivel de conciencia de las personas que participan en el trueque, pero desde el punto de vista material es, sin duda, una cosa que va “por el costado” del mercado en un escenario de necesidad. Ahora bien, en otros contextos hay evidencia de que “si quiero ser un poco más consciente, debo gastar más plata”, en el sentido de que hay ciertas prácticas que se realizan a partir de la disponibilidad de recursos.

Volviendo al tema del foco del estudio, la encuesta que pretendo hacer me permitirá ver cómo se vincula el consumo politizado con los factores estructurantes de la sociedad que lo explicarían, con foco en Santiago y Talca. Luego, la intención es estudiar distintos niveles de participación, de interacción, y también centrarme en esta especie de “militancia de consumo”, que a veces puede considerarse como una subcultura o un estilo de vida (por ejemplo, los veganos). Desde ahí, y a propósito de la nueva Constitución, destacar que no necesariamente uno es un consumidor o es un ciudadano, donde el ciudadano es quien se preocupa de los temas públicos

y el consumidor está en la esfera privada. Claramente, con todo lo que estamos diciendo, el consumo es una cosa que permite pensar, que permite marcar ciertas preferencias, que nos permite también llegar a pensar iniciativas transformadoras y formar parte de la reflexión sobre la sociedad que queremos construir, cómo queremos consumir o cómo queremos dejar de consumir. Cuando hablamos de consumo no necesariamente nos escapamos de la discusión política. Así, a partir de lo que estamos conversando, la dicotomía entre consumidor y ciudadano queda superada.

Alejandro, me quedó dando vueltas lo que mencionas: “si soy más consciente debo gastar más plata”. Esto se vincula también con cómo las empresas se aprovechan muchas veces de todas estas olas, producto del impacto de los movimientos sociales, y lo transforman en campaña de marketing. Por ejemplo, a partir de temas de género y las luchas feministas, o “estos son huevos de gallinas libres” y te venden los huevos más caros. De alguna manera, todas estas reivindicaciones se distorsionan. Es el mismo modelo que está logrando acaparar el mensaje y comercializarlo.

ALEJANDRO: Es lo que pasa con el eco-consumismo o el *greenwashing*, la redacción y elaboración de los informes de responsabilidad social empresarial, por citar algunos ejemplos. Me parece que Julien se enfoca más en ese tema, porque precisamente está en el corazón de la simulación. Efectivamente, es como un nicho de mercado. Como el eco-consumismo, que en ningún caso apunta a la transformación, sino a seguir replicando la lógica del sistema, basada en consumir más, más y más, y solamente cambia de lugar la preferencia de los consumidores.

Retomando el proceso constitucional que vive Chile hoy, ¿qué temas de los que hemos estado conversando consideran clave en la discusión constitucional?

EDUARDO: En el proyecto sobre comunización de bienes estamos viendo algunos ejes que son bastante problemáticos. El problema del agua debe sí o sí ser discutido en el contexto de cambio constitucional, porque hoy es un bien privado y cualquiera que tenga dinero puede comprar los derechos y, si no raciona el recurso, puede dejar sin agua una cuenca entera y a los grupos humanos que allí viven. De hecho, se ha discutido en algunos foros que los inversionistas privados –a propósito del Acuerdo Integral y Progresista de Asociación Transpacífico (TPP11)²³— podrían, eventualmente, demandar al Estado por entregar derechos de agua que no tienen un sustento real. Imagínense, el Estado teniendo que pagar indemnizaciones a titulares de derechos de agua por entregar un derecho que no tiene sustento material. Imagínense tener también este problema con las forestales, las plantaciones de eucaliptos, de pino, que, en el caso de Cauquenes, ya ocupan la mitad de la superficie comunal y consumen una enorme cantidad de agua, porque no hay regulación. Las aguas subterráneas no están regu-

23 TPP11 es un tratado de integración económica plurilateral en la región Asia Pacífico, que involucra a 11 países (Australia, Brunei Darussalam, Canadá, Chile, Malasia, México, Japón, Nueva Zelanda, Perú, Singapur y Vietnam). Fuente: Subsecretaría de Relaciones Económicas Internacionales (s.f.).

ladas, por lo tanto, no hay cobro de ningún tipo de derecho, no hay necesidad de establecer titularidad. No obstante, basta con que un campesino haga un pozo y tiene que inscribir el agua, porque eventualmente la puede inscribir otro y dejarlo sin este fundamental elemento. Lo otro a integrar a la discusión constitucional es el tema de la biodiversidad y el uso del territorio, porque las grandes superficies forestales son caldo de cultivo para incendios, plagas, desequilibrios ecológicos. Es un tema que tiene que discutirse, no puede ser que tengan miles de hectáreas sometidas al uso de dos especies, con todas las consecuencias que esto tiene. Hace un par de años, se quemó la mitad de las plantaciones y parece que no hubiese pasado nada, seguimos la vida como siempre.

El otro gran tema que me parece interesante, que hemos visto a propósito de este proyecto, es el acceso a bienes comunes: acceso a ríos, a bordes de lago, a la playa, etc. Nuevamente, por las dinámicas de privatización, para muchas comunidades es un acceso denegado. Hicimos un ejercicio en Rari (comuna de Colbún) para ver la potencialidad del turismo comunitario y nos encontramos con que casi todos los bienes que podían ser aprovechados por la comunidad para hacer turismo, estaban privatizados o con problemas de acceso.

Un último eje que me parece debería ser abordado en la nueva Constitución se vincula a la lucha de los viñateros. Durante muchos años, en Chile, el vino de cepa País fue ninguneado. Era como el vino “rasca”, barato, que servía para hacer volumen. Sin embargo, a partir de un trabajo sistemático de varias organizaciones de pequeños productores, se fue instalando la cepa como un eje de desarrollo local. Me refiero a la cepa hispánica, no a la cepa francesa. Es la cepa que llegó con los conquistadores. Entonces, hubo una discusión muy grande en el año 2018 sobre el reconocimiento de la cepa País como una denominación de origen. Hasta ese momento era invisible; aparecía dentro de un marco amplio llamado vino tradicional. Cuando los viñateros plantearon este tema para reformar el reglamento de la denominación de origen, las grandes viñas se hicieron presente planteando que el vino País debería ser una denominación de origen para todo Chile. Lo que ellos querían era entrar al negocio, tomar este tipo de cepa y reproducirlo en sus propias condiciones. Finalmente, la cepa País quedó restringida a Maule y a Itata.

Esta fue una lucha importante, tras lo cual hay otra cuestión de regulación de los mercados que me parece fundamental. La norma actual en Chile, que establece el Tribunal de la Libre Competencia y la Fiscalía Nacional Económica como instituciones, está orientada a resguardar el derecho de los consumidores a obtener precios bajos. De modo tal que, para los viñateros, defenderse de los grandes monopsonios de la uva —que son tres grandes empresas compradoras que dominan el 90% del mercado interno— es extremadamente difícil. En ese sentido, tiene que haber un cambio en la normativa para transformar este criterio, el de favorecer los precios más bajos, por otro concepto que podría ser el comercio justo o el acceso a mercados equitativos, porque lo que este tipo de normativa hace en la práctica es facilitar el abuso de grandes poderes de mercados sobre los pequeños productores. Esto no solamente pasa con el vino, también pasa con la leche y con otros tipos de materias primas.

Sin duda, el abordaje y la reflexión en torno a estos temas son relevantes de cara al proceso constituyente que vivimos, donde se requiere visibilizar y dar valor a nuevas propuestas económicas y poner límites al mercado, el que muchas veces parece ir en contra del buen vivir de las comunidades y de la sociedad en su conjunto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Subsecretaría de Relaciones Económicas Internacionales. (s.f.). Acuerdo Transpacífico - TPP11. <https://www.subrei.gob.cl/acuerdos-comerciales/acuerdo-transpacifico-tpp11#:~:text=El%20CPTPP%20o%20TPP11%20es,%2C%20trabajadores%2C%20agricultores%20y%20consumidores.>



LAS COMUNIDADES MIGRANTES ANTE LA CRISIS

*Entrevistador/a: Stefano Micheletti Dellamaria y
Javiera Cubillos Almendra²⁴
Entrevistada/o: Daisy Margarit Segura²⁵ y
Walter Imilan Ojeda²⁶*

Cuando hablamos de comunidades migrantes y crisis, hay varios elementos a considerar: el estallido social, la pandemia y la promulgación –luego de muchos años de espera— de la nueva Ley de Migración y Extranjería. Partamos por este último. La normativa crea una nueva institucionalidad con el Servicio Nacional de Migraciones, entrega garantías de procesos más rápidos y digitales, pero, a la vez, exige tramitar visas consulares en los países de origen para establecerse en Chile y facilita la expulsión administrativa de aquellos que han ingresado de forma irregular. ¿Qué opinión tienen sobre la nueva ley?

24 Académico y Académica de la Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Investigadores del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

25 Daisy Margarit Segura, trabajadora social de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Máster y Doctora en Sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona y Magíster en Desarrollo Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha participado en investigaciones y publicaciones sobre inmigración y ha trabajado en el diseño e implementación de políticas de integración social en barrios vulnerables, vivienda social y pobreza. Actualmente es académica del Instituto Estudios Avanzados IDEA de la Universidad de Santiago de Chile, integra la Red CLACSO - GT Migración Sur-Sur, e investigadora del Núcleo Milenio Movilidades y Territorios MOVYT.

26 Walter Imilan Ojeda, académico e investigador de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Chile. Estudió Antropología en la Universidad de Chile, para luego explorar el campo de los estudios territoriales y urbanos a través del Magíster en Desarrollo Urbano (IEUT Pontificia Universidad Católica de Chile). Luego se insertó en la Habitat-Unit (Technische Universität, Berlín) donde realizó una investigación doctoral. Desde hace años se interesa por entender a los habitantes como productores del espacio, y en particular estudia las implicancias que las movilidades, en sus distintas versiones y escalas, generan en la forma en que las personas y sus colectivos producen los mundos que habitan. Esta exploración ha requerido el uso de diversos lenguajes, provenientes de la arquitectura, el arte y la geografía, pero, sobre todo, recorrer un camino propio de descolonización de sus propias formas de observar y problematizar, encontrándose con las historias de identidad que atraviesan sus marcos cognitivos.

DAISY: El aspecto positivo de la promulgación de esta ley migratoria es que actualiza la normativa anterior, la más antigua que había en Latinoamérica. En Chile teníamos una ley de hace 40 años, poco cercana al fenómeno migratorio actual, con su dinamismo y sus nuevas expresiones, tanto en Chile como en el mundo. Lo negativo –entre otras cosas— es que vuelve a centrar el foco en las fronteras, en el control de quién entra y quién sale. Creo que ahí es donde reside el principal nudo crítico: se ha reforzado esta imagen del migrante no deseado como una amenaza, un enemigo externo que afecta la seguridad del Estado. En ese sentido, la discusión legislativa y la posterior implementación de la ley no han sido favorables para los procesos de integración, de cohesión social, para poder trabajar a través de diálogos interculturales dentro de las comunidades, y entre migrantes y chilenos. Este tipo de discursos y de prácticas generan fracturas en el diálogo social, lo que se expresa en una opinión pública hostil, que no permite implementar futuras políticas públicas orientadas al acceso igualitario a derechos, a espacio de integración, a una convivencia sana de todos y todas las que están residiendo en el país.

WALTER: Conuerdo con Daisy, es una normativa de regulación del estatus migratorio. Nos demoramos bastante en sacar una ley que reemplazara a otra que estaba completamente obsoleta; el problema, ahora, es que todavía no entramos en una lógica de generar políticas de migración. Seguimos sin una política de migración. Esto es lo más complejo, porque de una política de migración se esperan ciertos principios, reglas, normas, marcos generales donde la institucionalidad y la sociedad en su conjunto se orienten hacia los procesos migratorios de miles de personas, para justamente favorecer su inserción o integración, dependiendo del concepto que se quiera utilizar. Creo que, hoy en día, los esfuerzos en políticas migratorias se hacen concretamente a nivel local: los municipios –como lo muestra la experiencia internacional— juegan un rol muy importante. No obstante, en Chile tenemos muchos municipios con problemas de financiamiento, que operan en base a acciones fragmentadas, sin una articulación mayor que plantee cómo el país tiene que acoger la migración en sus distintas escalas institucionales, territoriales, etc.

Con los problemas de enfoque que presenta la nueva ley, ¿qué efectos tendrá su implementación en las comunidades migrantes?

DAISY: Creo que, por un lado, genera más “otredad”, esta mirada de un “nosotros” distinto a los “otros”. Son los migrantes irregulares, que ingresan por pasos no autorizados, los que no aparecen en la opinión pública como deseables. Por ende, se van reforzando aquellos mitos que están vinculados a la ocupación de los espacios laborales por los migrantes indocumentados y, por ende, acceden a todo tipo de contratos. Por otro lado, también refuerza la posibilidad de que los migrantes sigan siendo abusados con contratos de arriendo injustos, o que no accedan a los servicios de salud por miedo a ser deportados, a causa de las campañas del gobierno orientadas a expulsar a las personas que no tienen la posibilidad de regularizarse. Recordemos que, con la nueva ley, la regularización solo va a ser posible para quienes ingresaron por pasos habilitados y para quienes ingresaron antes de marzo de 2020; para aquellos que ingresaron

posteriormente a marzo 2020, hay 180 días para abandonar el país. Claramente se genera una fractura importante en las comunidades migrantes en relación a la sociedad chilena, porque se remarca que muchos de ellos son un “otro” no deseado, que no debería estar en el país. Así, los chilenos vamos aceptando la idea de “ordenar la casa” –como dice el presidente Piñera— con la imagen de un migrante deseado que puede ser un agente económico, alguien que aporta al desarrollo del país desde el punto de vista laboral y que tiene, por tal, la posibilidad de una regularización que le permite acceder a ciertos tipos de empleos y posiciones en la estructura social.

Es difícil entender cómo se ha llegado a esto. Teníamos la ley de migración más desactualizada de América Latina y luego vivimos un proceso en que los últimos cuatro gobiernos fueron pasándose la posta de un proyecto que no avanzaba. Terminamos con la promulgación de una nueva normativa, en un contexto socio-económico muy particular, con vacíos importantes.

DAISY: A nivel social y político, el tema migratorio no existía en Chile en el 2000, aun cuando habíamos tenido el fenómeno de la nueva inmigración peruana durante los años 90. El tema, en esos tiempos, era la pobreza y cómo se podía combatir. Yo volví a Chile de mis estudios doctorales en el 2006 a trabajar en el Estado, y planteé la posibilidad –o la necesidad más bien— de abordar los temas migratorios. Estaba trabajando en el Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS), y me quedó sumamente claro que esta no era una prioridad. Si uno va haciendo un recorrido, durante el primer gobierno de Bachelet se genera un instructivo presidencial –hacia finales del año 2008—, donde se instruye a los ministerios y servicios de coordinar una futura política migratoria a través de un consejo consultivo y, además, se les recuerda que Chile ha ratificado diferentes convenios internacionales sobre los derechos del niño, los trabajadores migrantes, los derechos humanos, etc. En ese marco, se hace presente que los derechos de los migrantes también debieran estar garantizados. Pero solo es un instructivo presidencial, cuando uno ve la bajada operativa que tuvo, nos podemos dar cuenta, por ejemplo, que se generó una gran cantidad de niños apátridas en ese periodo, porque los padres estaban en situación de irregularidad migratoria. En el posterior gobierno de Sebastián Piñera, en el año 2013, se ingresa el primer proyecto de ley migratoria que queda detenido en el Congreso.

Durante el segundo gobierno de Bachelet, en 2016, se crea el Consejo Consultivo Nacional de Migraciones que es un gran aporte, porque incorpora a la sociedad civil y a las organizaciones migrantes en los espacios de discusión respecto de la futura ley migratoria. Pero en 2017 emerge un proyecto de ley –inacabado— que nos deja con un sabor bastante amargo en la boca, porque sigue estando centrado en las fronteras: nuevamente el Ministerio del Interior y Seguridad Pública se focalizaba en eso. Ocho años tardó el proyecto del primer gobierno Piñera para ser retomado durante su segundo mandato, realizando indicaciones sustitutivas –como se le denomina jurídicamente— que claramente le otorgaron un tenor específico, orientando el foco hacia la regularización y la seguridad del Estado y las fronteras.

¿Cuál es la lectura política de este peregrinaje?

DAISY: La discusión parlamentaria que hubo el año pasado fue sumamente fuerte, porque permitió comprender cuál es la visión que se tiene, en general, respecto al tema migratorio y cómo se fortalece –sobre todo en periodos de campaña política— una mirada nacionalista, de dar prioridad a los chilenos y después a los otros. No se plantea una comprensión multidimensional del fenómeno, que entienda que la migración no es un “problema” —como se ha tendido a pensar—, que comprenda que los motivos por los cuales migran las personas (me refiero en especial al caso de los venezolanos) tienen que ver con un tema de corresponsabilidad, por lo que su abordaje debiera ser integral y no en forma parcializada y nacional.

WALTER: Esto de las políticas es extremadamente complejo hoy en día, cuando los flujos se han hecho más intensos en Chile y en todos los países de la región. Necesitamos construir marcos propios respecto a los procesos migratorios, porque en general todas las personas que han empezado a analizar u observar el fenómeno, se basan en procesos que se han generado en el norte, en Europa. Pero cuando vemos las bases estructurales sobre las cuales se plantearon, esos procesos son muy distintos a lo que ha estado sucediendo en nuestros países de América Latina. Entonces, hay una necesidad de entender cuál es el momento económico, social e institucional que estamos viviendo. Lo que se viene en los próximos años debería apuntar a una transformación institucional bastante importante. En ese contexto, creo que lo que debiésemos hacer es sacar la migración del espacio de la regulación migratoria y llevarla también a un espacio político y multi-escalar. Comprender qué implica la migración, por ejemplo, en el Maule o en Magallanes.

La conexión con el estallido social y sus demandas, en este sentido, es evidente. Lo cotidiano ha entrado en crisis.

WALTER: A estas alturas estamos cada vez más claros que hemos convivido durante 20 años con una política completamente alienada respecto a lo que pasaba en el país. La revuelta social de octubre del 2019 tiene que ver con ese punto, de cómo las instituciones, la política en un sentido amplio, no estaban abordando los temas relevantes. Hay una distancia con lo que está sucediendo en la vida cotidiana de las personas.

Casi no tuvimos tiempo de procesar el estallido social y nos tocó vivenciar la pandemia por COVID-19.

WALTER: Claro. El COVID puede traer dos efectos en ese cuadro: uno potencialmente positivo y otro negativo. Lo negativo de la pandemia lo estamos conociendo claramente (mayor empobrecimiento, problemas de salud mental, etc.); a nivel de gestión del flujo migratorio, en lugar de buscar mayor colaboración entre los países, se ha generado una mayor cerrazón. Hay una necesidad de trabajar de forma colectiva el tema migratorio latinoamericano, de hecho, algo se ha hablado respecto a los flujos venezolanos en Colombia, en Ecuador, en Perú y evidentemente son temas que deberían abordarse de forma regional, colaborativa.

Lo otro que ha generado el COVID, y que hemos visto especialmente en el último tiempo, es que de alguna manera nos ha ido “desnudando” respecto a las imágenes que teníamos de nosotros mismos como país, y nos ha obligado a enfrentarnos con la realidad. Ahí aparece, por ejemplo, un dato que hace mucho rato se venía planteando en ciertos círculos más alternativos, pero que al final termina poniéndose sobre la mesa: la informalidad del país. En medio de la pandemia se “descubre” que los bonos en dinero y todo este aparataje de gobierno no les llegan al 35% de la población, al quedar excluidos los trabajadores y trabajadoras informales. Hoy la economía informal tiene una dinámica muy distinta a la de hace 20 años y, en la medida en que no entendamos eso, no podemos entender tampoco cómo las comunidades migrantes están integrándose o insertándose en nuestras sociedades. Creo que el estallido y la pandemia nos están obligando a mirar esto, y de repente vemos que los políticos –en su afán de sobrevivencia— se iluminaron y están pensando en los impuestos a los llamados “súper ricos”, en rebajar el Impuesto al Valor Agregado (IVA) y otras cuestiones que hace un año atrás eran impensables. Son momentos en los que puede aparecer –y en eso quiero ser optimista— mayor claridad respecto de cómo estamos viviendo. Esto es fundamental también para las poblaciones migrantes, porque podemos empezar a plantear otros tipos de perspectivas, otro tipo de horizontes.

¿Cuál es la situación concreta de las comunidades migrantes en este contexto de pandemia?

DAISY: El informe de febrero del Departamento de Epidemiología del Ministerio de Salud señala que la comunidad que sufre los mayores niveles de contagio es la venezolana; en segundo lugar, está la peruana, en tercer lugar la colombiana, en cuarto lugar la boliviana y en quinto lugar la haitiana. ¿Por qué remarco aquí, cerrando con Haití? Recordemos el episodio que hubo en la comuna de Quilicura a principio de la pandemia, respecto a un cité, en el que vivían migrantes haitianos con contagio y se generó un ambiente bastante complicado, porque la comunidad local los quería echar. Es complejo cuando se van construyendo estas imágenes de inmigrantes no deseados en relación a ciertos países de origen, porque exacerbamos su precariedad.

Por un lado, el tema de la informalidad que plantea Walter y el tipo de trabajo que está presente en Chile, tiene que ver con una estructura económica. Muchos de estos trabajadores móviles son población extranjera que ocupan puestos muy precarios y configurándose como “cuerpos sacrificables”, que deben moverse para que otros no lo hagan y las medidas sanitarias los protegen menos. Sus cuerpos no importan. Por otro lado, desde el punto de vista de las condiciones de habitabilidad, sabemos que la población haitiana es una de las más vulnerables. Los altos niveles de hacinamiento son fruto de una lógica estructurada desde la política pública y se constituyen en un problema. Pero, en este caso, mirando los datos, nos hace pensar que, tal vez, su forma de habitar –es una lectura que hemos hecho junto con Walter y otros investigadores— representa quizás una estrategia de cuidado. De algún modo se logran prevenir contagios, pero también sobrellevar las precariedades y dialogar con un modo de habitar que

les permite desarrollar la vida, finalmente. Creo que es importante repensar las categorías sociales tanto del empleo como del hábitat y, especialmente, las formas en que estamos construyendo socialmente al “otro”.

La construcción de la figura del inmigrante no deseado es reforzada también por los medios de comunicación, que fomentan discursos discriminatorios y racistas. Pero también podemos ver que existe otra cara, más amable tal vez, de los procesos de inmigración. Si miramos en detalle, existen articulaciones, “entramados comunitarios”, en los espacios locales. ¿Cómo han visto ustedes que se da esta articulación? ¿Siempre es discriminatorio el trato con las personas migrantes o también hay espacios de integración? ¿Hay diálogo entre nacionales y extranjeros? Acá en la ciudad de Talca, por ejemplo, ha habido organizaciones comunitarias que han buscado generar un vínculo con los inmigrantes.

WALTER: Creo que hay una variable que tiene que ver con las historias de los territorios, ahí hay un elemento importante, aunque no es el único: ¿cómo los territorios han ido construyendo sus imaginarios? Puedo comentarles la experiencia de un proyecto que hicimos en la ciudad de Alto Hospicio, un espacio bastante transnacional, donde se experimenta un flujo, un intercambio, relaciones constantes. Allí la condición de migrante no es muy evidente, porque de alguna manera en Alto Hospicio todos son migrantes, casi todas las personas vinieron de otras regiones del país, o de Bolivia, Perú, Colombia, Cuba, Venezuela. Es un territorio que desde tiempos ancestrales ha vivido estos flujos de personas; claro que a veces se activa, por ejemplo, la distinción del mundo aimara chileno y boliviano. Son contextuales estas formas de diferenciación. Esto está tempranamente identificado –y sigue siendo válido— por la famosa Escuela de Manchester, que en la década del 50 hablaba de las adscripciones e identificaciones como situaciones contextuales. Claro, hay contextos donde aparece esa diferencia y se explota en términos políticos, pero, en general, lo que hemos visto en Alto Hospicio es que hay un entramado que está estrechamente vinculado con la historia de buena parte de la población, de cómo se ha ido conformando el territorio y –yo diría— que a veces esa diferencia de nacionalidad es transparente para las personas, es decir, no se visibiliza. No obstante, hay acciones del Estado que las hacen aparecer; por ejemplo, en los asentamientos precarios de Alto Hospicio donde viven tanto personas chilenas como no chilenas: cuando llega al momento de regularizar su situación habitacional, sólo se les entrega una solución a las personas chilenas. Por ley, no se les puede entregar propiedad privada a personas extranjeras que no estén regularizadas, entonces, eso hace que los comités de vivienda, cuándo se constituyen, excluyan a los inmigrantes. Ahí es donde aparece un Estado racista, excluyente, estableciendo estas categorías; y, en consecuencia, las personas en búsqueda de sus intereses, empiezan a asumir estas diferencias. En términos muy generales, creo que buena parte de los encuentros se dan en los espacios locales, en los espacios cotidianos, en la convivencia: es ahí donde se produce diálogo, se desmontan los prejuicios, etc.

DAISY: A propósito de estos espacios de convivencia y de encuentro, también nosotros pudimos visualizar, a través de algunos estudios que hicimos en barrios, cómo opera el mecanismo

de aceptación. Hay “integración”, por ejemplo, cuando el vecino histórico del barrio dice: “no, si estos son buenos migrantes”; o “tuvimos suerte porque nos tocaron los buenos migrantes”. Claramente, lo que queda, en el análisis de estos discursos, es la pregunta por quién es el buen migrante. Es aquel que asume los valores nacionales que nosotros estimamos como positivos; por ejemplo: es un buen migrante porque tiene un almacén y se levanta temprano, porque trabaja de lunes a lunes. A través de esos tipos de discursos nos damos cuenta que se nos está colando, también a nivel de ciudadanía, un discurso bastante hegemónico de asimilación de un “otro” diferente que, en la medida en que se asimila y se va haciendo más parecido a lo que nosotros estimamos como bello, positivo y bueno, va a ser integrado. Lo diferente nos causa problema, con esa “otredad” Chile tiene un tema: creo que el temor a lo distinto es la clave para poder entender los procesos sociales de diferenciación que vivimos en la sociedad actual.

Nos queda poco tiempo antes de cerrar, pero quisiéramos proponerles una última pregunta del público respecto al Pacto Mundial sobre la Migración Segura, Ordenada y Regular. ¿Por qué Chile no firmó? ¿Qué consecuencias trae eso?

DAISY: Chile se baja de este pacto en diciembre del año 2018, luego de sumarse inicialmente. El Pacto Mundial no es un instrumento vinculante, más bien es una hoja de ruta que establece ciertos lineamientos para poder tener una migración segura, ordenada y regulada, pero no desde el punto de vista que asume el actual gobierno. Más bien, se refiere a la corresponsabilidad, pensando en los derechos de los migrantes y también de las comunidades receptoras, lo que no tiene relación con el eslogan “ordenar la casa” que ha estado en los medios de comunicación desde abril del 2018, cuando se hace el anuncio del nuevo decreto de las visas. En cuanto a las consecuencias, hay que tener presente que los pactos mundiales son más indicativos que normativos, no hay una sanción para el país si es que no lo cumple. Por ejemplo, a través de la Convención internacional sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores migratorios y de sus familiares que ratificó Chile, se hicieron una serie de indicaciones tanto al Ministerio del Trabajo como a distintas instancias que tienen que ver con el mundo laboral, respecto a que no se estaban cumpliendo la convención y otros acuerdos internacionales para garantizar los derechos de los trabajadores extranjeros y sus familias. Pero, en el fondo, no hay una indicación normativa que tenga alguna sanción, algún tipo de monitoreo o fiscalización. Más bien son indicaciones que instruyen a las instancias públicas para que puedan mejorar sus procedimientos y políticas.

En el caso del Pacto Mundial sobre la Migración Segura, Ordenada y Regular, lo que se discutió fue quién tenía mayor hegemonía; si la legislación internacional o la libre soberanía de un Estado para establecer sus marcos jurídicos. Claramente predominó lo segundo –esta es, en todo caso, una discusión de nivel mundial— y en Chile la definición fue que no debía haber ningún tipo de legislación o acuerdo internacional que normara las regulaciones internas respecto al tema migratorio. Entonces, el impacto que tiene restarse del acuerdo es que nos aislamos, no generamos estos puentes de corresponsabilidad con otros países. Y tampoco comprendemos,

desde el punto de vista más ideológico y filosófico, cuál es el sentido del pacto para poder entender el fenómeno migratorio hoy, que tiene que ver no solo con la protección de los derechos de las personas de las comunidades receptoras, sino también de aquellos que están en constante movimiento a través de los procesos migratorios, ya sea voluntarios, involuntarios, forzados, no forzados, por razones políticas, económicas, ambientales, etc.

WALTER: Hay una tendencia desde algunos lugares, que a mí me parece muy atractiva, de hablar de la idea de cómo el migrante es una categoría definida por el Estado, vinculada esencialmente con un estatus de residencia y ciudadanía. ¿Cómo abordarla más allá de esa condición? Ahí es fundamental asumir una posición más interseccional, donde la condición de migrante es una más que se suma a una serie de situaciones: de género, de fenotipo, etc. Creo que eso es importante, porque en la medida en que nos abramos a una visión más interseccional, también estamos entendiendo mejor cómo funciona el país, como funcionan nuestras sociedades. Entonces ahí también hay una invitación que deberíamos fortalecer en los próximos años: salir de este reducto definido por el Estado hacia una lectura mucho más abierta.



Escuela de Sociología UCM



@sociologiaucm



ucm
UNIVERSIDAD CATOLICA DEL MAULE



**Facultad de
Ciencias
Sociales y
Económicas**